

LOS CUATRO LEGADOS JAPONESES DE LOS DAIMYOS DE KYUSHU DESPUES DE REGRESAR A JAPON

LA VUELTA DE LOS LEGADOS

1590, 28 de julio: La nave de Macao entra en el puerto de Nagasaki; pocas veces había sido recibida con tanta expectación. En la nave de Antonio de Costa llegaba el Visitador, P. Alejandro Valignano, de quien se esperaba calmase el enojo de Toyotomi Hideyoshi, que tres años antes (25 de julio de 1587) había decretado el destierro de todos los Misioneros.

En esa nave también volvían a Japón, después de un viaje de ocho años, los cuatro jóvenes legados de los *daimyos* cristianos de Kyushu. Y en la nave y en un junco que la acompañaba, entraron en Japon doce Padres y cuatro Hermanos. Nagasaki estaba de fiesta. Mancio Itoo, legado del *daimyo* de Bungo, D. Francisco Otomo Yoshishige¹, Miguel Chijiwa, legado de D. Protasio Arima Harunobu, *daimyo* de Arima y de D. Bartolomé Omura Sumitada, *daimyo* de Omura. Con ellos están en el puente sus dos compañeros, Martín Hara y Julián Nakaura, ambos hijos de vasallos de Omura; también está allí Constantino Dourado, su ayudante. Solo falta el Hermano Jorge Loyola, que ha muerto en Macao, en vísperas de volver a la patria.

Desembarcan los legados. Ha terminado la aventura. Queda atrás, recuerdo del pasado, la memorable audiencia de Felipe II, en la que Itoo Mancio enrojece cuando el Rey examina curioso su vestido japonés, y las infantas rien traviesas mientras Jorge

¹ No entramos aquí a estudiar las personas de los legados y la legitimidad de su misión. Pero no podemos pasar por alto la carta que el 15 de octubre de 1587, escribió desde Ikitsuki (Hirado) al P. Aquaviva el P. Pedro Ramón. (Archivum Romanum Societatis Iesu, Jap Sin 10, II, 283-84). Esta carta niega absolutamente la autenticidad de la Legación; sus afirmaciones son tan tajantes como las de Valignano en contrario. Su fuerza es grande, pero no definitiva, pues en la carta hay numerosos errores de apreciación, algunos de los cuales irán apareciendo en estas páginas. No basta citar algunos párrafos de Pedro Ramón; hay que verlos en el contexto de la carta, escrita años después de los acontecimientos y bajo el golpe de la persecución.

Loyola lee en japonés el mensaje de los *daimyos*. También es como un sueño aquel momento único en que el anciano Gregorio XIII abraza paternal a esos hijos que le vienen del Extremo Oriente².

Los legados, honrados con el título de ciudadanos romanos, caballeros de San Marcos, son otra vez cuatro jóvenes estudiantes que vuelven a su patria, a sus familias, que tienen que decidir su destino. Mas a su alrededor han cambiado muchas cosas: Murieron dos de los *daimyos* que los habían enviado, Otomo y Omura. Murió también el hombre que regía a Japón cuando ellos partieron, Oda Nobunaga, y en su lugar gobernaba, con un poder que nunca llegó a tener Nobunaga, un antiguo vasallo de éste, Toyotomi Hideyoshi. Y la iglesia que dejaron floreciente y llena de promesas, se veía ahora proscrita. Por otra parte también ellos han cambiado: salieron niños, vuelven hombres; han madurado psicológicamente en una experiencia que ningún otro japonés ha conocido; y esa experiencia ha impreso en ellos un profundo sentido de responsabilidad. La expectación, la acogida que encuentran en sus compatriotas³ los hace más conscientes de la misión que tienen que realizar.

El hombre que planeó la legación, Valignano, había asignado a ésta, dos objetivos principales: Presentar en Europa el fruto de la evangelización de Japón, y obtener así nuevas ayudas en las cortes de Madrid y Roma. Dar a Japón testigos japoneses del esplendor (no de las sombras) de aquellos países cristianos de donde habían salido los misioneros. La primera parte se había logrado. Su éxito, que en varios aspectos superó los deseos de Valignano, está en la raíz de algunas de las críticas que se harán a la legación. La segunda parte dependía de la actitud que al volver a Japón tomasen los legados. Las circunstancias críticas eran, sin embargo, un indicio de ruina en los planes del Visitador.

La magistral relación del viaje, escrita por el P. Luis Frois⁴ y el diálogo compuesto en Macao por el P. Duarte de Sande bajo la

² La actitud tomada por el Papa se expone en las notas marginales de Aquaviva a la carta de Pedro Ramón. Los críticos de la legación no tuvieron la visión suficiente para comprender lo que aquellas primicias de la evangelización del Extremo Oriente suponían para el corazón del anciano Gregorio XIII.

³ Pedro Ramón había profetizado que a su vuelta a Japón nadie les haría caso; la realidad fue muy distinta y hasta Toyotomi Hideyoshi les invitó a entrar en su servicio.

⁴ Luis Frois S. J., "*La Première Ambassade du Japon en Europe, 1582-1592*", I, edit. par J. A. Abranches Pinto, Yoshitomo Okamoto, Henri Bernard S. J., Tokyo, Sophia University, 1942. La segunda parte, no ha sido editada aún, pero apareció en japonés en 1949. En ella se incluyen los capítulos 36 a 45, 47, 49 y 50 de los *Apparatos para a Historia Ecclesiastica do Bispado*

inspiración de Valignano, junto con algunos capítulos de los *Apparatos* de Frois, han servido de base para numerosos libros y artículos. Mas seguir a los legados desde su ingreso en la Compañía de Jesús hasta su muerte, no es tarea fácil: sus caminos se separan y hay que ir buscando los datos esparcidos acá y allá en un mar de documentos, muchos de ellos inéditos.

En estas páginas afrontamos ese trabajo, con la persuasión de que el resultado queda lejos de ser definitivo. En este Nagasaki que los despidió y los recibió, tenemos, es verdad, la visión del puerto y el testimonio de la roca donde murió Julián Nakaura; en la Prefectura de Nagasaki encontramos los lugares vinculados con las vidas de la mayor parte de los protagonistas; pero es muy escaso el material de documentos. Nos mueve sin embargo la esperanza de presentar un esquema básico para trabajos más completos y el deseo de estudiar algunos problemas históricos que se debaten en torno a las figuras de los legados. Unas figuras que por su misión de enlace cultural entre Oriente y Occidente, tienen todavía actualidad. Valignano sonreiría con satisfacción si pudiese ver cómo en estos años de 1972 y 1973 las pantallas de los televisores japoneses presentan una y otra vez a los jóvenes legados de Kyushu y la historia de su epopeya.

* * *

La noticia de la llegada de la Nave y de los legados corrió rápidamente. De todas partes acudían los cristianos para verlos. Al día siguiente se presentó en Nagasaki, para saludar a su primo Miguel Chijiwa, el *daimyo* de Omura, D. Sancho Omura Yoshiaki, hijo de D. Bartolomé. Le acompañaban sus hermanos y un grupo de parientes y gente principal. Un día más tarde llegó con el mismo fin D. Protasio Arima Harunobu, con su hermano D. León. Aunque no acostumbraba a salir de sus dominios, esta vez lo hizo sin vacilar. El viaje fue por mar y la flotilla de sus naves añadió colorido a la escena del puerto.

Miguel Chijiwa estaba enfermo al llegar, lo que no fue obstáculo para que el *daimyo* de Arima pasase a su cámara y estuviese varias horas hablando con él:

“Y oyendo la generosidad que con ellos tuvo su Santidad y su Majestad, decía que ahora acababa de comprender lo que antes no entendía, y que si antes hubiera sabido lo que ahora sabía, habría enviado también a D. León, su hermano que era de la misma edad de D. Miguel”.

Llegan también otros parientes de los legados; Frois se detiene a ponderar cómo por el cambio experimentado en aquellos ocho años, muchos no se reconocían mutuamente. Su relación indirectamente tiene el valor de presentarnos a esos familiares:

“Y así D. Miguel no reconocía a sus primos, aunque enseguida reconoció a Arima *dono*, porque éste era ya un hombre cuando él partió de Japón, y D. Martín no reconoció a su hermano⁵ ni su hermano a él, y lo que es más la madre de D. Miguel no reconoció a su hijo, ni la madre y el padre de D. Martín a su hijo⁶ y sus hermanas no reconocían a D. Julián; y lo mismo sucedió más tarde a D. Mancio cuando su madre vino a Nagasaki para verlo desde el reino de Hyuga”.

En Nagasaki continuaba la fiesta; los *daimyos* de Omura y Arima querían proceder inmediatamente a la recepción solemne de sus legados; pero Valignano no deseaba que el impacto de la legación se perdiese en acciones de menor importancia. Había ahora un objetivo fundamental que quería cubrir a toda costa, y ese era obtener de nuevo el favor de Toyotomi Hideyoshi; por eso decide unir a los jóvenes legados a la embajada que él llevaba de parte del Virrey de la India, D. Duarte de Meneses.

La presentación de la respuesta del Papa a los dos *daimyos* se retrasa hasta después de efectuada la entrevista con Hideyoshi; mas como éste por otra parte no mostraba prisa en recibir a Valignano, los jóvenes legados hicieron primero unas visitas de cortesía a Arima y Omura. La de Arima tiene un interés especial por ser Harunobu el único superviviente de los tres *daimyos* vinculados con la legación; su actitud respecto a Miguel Chijiwa es la mejor garantía de la autenticidad de la legación de éste. Además al describirnos Frois los honores tributados a Miguel⁷, nos permite asomarnos a la ‘nueva fortaleza’ y casas que ese año había construido D. Protasio. Los datos son de interés para la historia de Arima:

“Quedaron así el P. Visitador como los demás Padres maravillados de la hermosura y elegancia de dichas casas, porque

⁵ Escribe Valignano: “Don Martín tiene una hermana casada con un hermano del Señor de Omura, y tiene otro hermano menor que él, señor de una fortaleza de las mejores que hay en tierras de Omura y en ella tiene muchos criados y vasallos y es de los principales parientes del Señor de Omura”, “Apología”, JS 43, f. 21. En Omura puede verse aún el *yashiki* o casa de la familia Hara.

⁶ Pedro Ramón afirmaba que los cuatro legados eran huérfanos. A más de Frois, Miguel Chijiwa en una carta cita al padre de Martín Hara.

⁷ Como Arima Harunobu era el único superviviente de los tres *daimyos* que enviaron la legación, su actitud al recibir la respuesta del Papa tiene un valor especial.

todas las salas y cuartos están adornados con oro y pinturas muy rica y graciosamente, y el castillo que nuevamente hizo, dentro del cual están las dichas casas, está tan magnífica y artificioosamente hecho, que algunos portugueses que lo vieron se admiraron diciendo que no pensaban hubiese tal cosa en Japón. Y en la verdad mostró D. Protasio en la construcción y nobleza de estas casas y castillo un ánimo grande y de hombre que no se contenta con el estado que tiene ahora, más que aspira a reducir a su dominio todo lo que fue de su abuelo y de su padre Don Andrés, y hacerse señor absoluto de este reino de Hizen, lo que quiera Dios que en breve se efectue”.

Frois no viviría para ver cómo los esfuerzos de Harunobu por realizar ese deseo fueron años más tarde la causa de su ruina total.

En su viaje hacia Kyoto, para presentar la Embajada del Virrey a Toyotomi Hideyoshi, Valignano y los cuatro legados van por rutas distintas, pero se unen en Shimonoseki y luego están dos meses largos, esperando la respuesta de Hideyoshi, en el puerto de Muro. Este puerto, hoy sin importancia, era una de las escalas obligadas en la navegación de aquel tiempo por el Mar Interior. Estaba bajo la superintendencia de Joaquín Ryusa Izumi no Kami, tesorero de Hideyoshi y padre del *daimyo* cristiano Agustín Konishi. Los legados se hospedan en casa de Ryusa; la estancia allí es sumamente interesante pues era la época en que los *daimyos* se dirigían a Kyoto para felicitar a Hideyoshi por el Año Nuevo. Frois nos presenta una lista de algunos de los que fueron a visitar a los legados. Encabeza la lista Moori Terumoto, *daimyo* de Hiroshima y Yamaguchi, “que después de Quambacu es el mayor señor de Japón”, y que no sólo intimó con los legados a quienes después fué a visitar en Kyoto, sino con el P. Valignano. Siguen Kuroda Nagamasa, *daimyo* de Fukuoka, Soo Yoshitomo, *daimyo* de Tsushima, Hata *dono*, señor de Nagoya (Hizen), Ito Mambu no Taiyu, señor de una tercera parte de Hyuga y primo de D. Mancio. Entre estos y otros más destaca Otomo Yoshimune, el hijo y heredero de D. Francisco Otomo. Yoshimune había dejado la fe y además había perseguido haciendo correr sangre cristiana en sus dominios. Por eso Valignano no había querido hacerle entrega de la respuesta del Papa a la carta enviada por su padre⁸.

⁸ Pedro Ramón niega con estas palabras que Otomo escribiese carta al Papa: “Yo sé cierto que nunca le pasó en el pensamiento al Rey de Bungo de mandar tal embajada ni tal carta escribió; puede ser (que de esto no me acuerdo bien) que le escribiese alguna carta en respuesta de un relicario que el Pe. Alejandro le dio, aunque ni en esto me afirmo...”. La carta que se conserva en Roma al mismo tiempo que la legación de Mancio, habla del relicario. ¿Es que Ramón no leyó la carta entera?, o ¿es que le fallaba la

Mas ahora, Yoshimune, al enterarse de la presencia de Itoo Mancio en Muro, acude a él y le ruega sirva de intermediario con el P. Valignano y le facilite su reconciliación con la iglesia. Mancio dio muestras de gran prudencia en todas las gestiones; preparó a Yoshimune haciéndole ver la gravedad de la falta cometida, la necesidad de dar debida reparación, y luego alcanzó fácilmente de Valignano el perdón. Otomo Yoshimune como prueba de su sinceridad se ofreció a tener misioneros ocultos en sus dominios de Bungo y en agradecimiento a Mancio Itoo le invitó a entrar en su servicio. Mancio, que como anota Frois, tenía otros designios, rehusó cortésmente. Su designio no era otro que ingresar en la Compañía de Jesús; la invitación de Yoshimune es el primero de los obstáculos que tuvo que vencer con su firme carácter y suave diplomacia. Para Yoshimune el encuentro fue providencial: políticamente su carrera va en declive hasta la ruina total; pero su fe irá progresando hasta llegar a un bello ejemplo de vida cristiana en la pobreza del destierro.

El 17 de febrero de 1591 Valignano y los legados continúan su viaje hasta Osaka y de allí por río hasta Toba, ya a las puertas de Kyoto. En Osaka tenemos otra vez la misma escena de visitantes ilustres que quieren ver a los legados y oír la relación de su fantástico viaje. Más que como visitante como amigo, aparece en esos días una figura que no se aparta del grupo de Valignano: Justo Takayama Ukon, que ha ido expresamente desde su destierro de Kanazawa.

En Kyoto, Valignano y los jóvenes se separan: el Visitador es hospedado como huésped oficial en la que había sido residencia de Hideyoshi antes de obtener el poder absoluto; los legados con su inseparable compañero, el P. Mezquita, se recogen en la casa de Konishi Yukinaga.

La estancia en Kyoto duró del 23 de febrero al 25 de marzo, y en ese tiempo el acontecimiento cumbre fue, naturalmente, la presentación de la embajada a Hideyoshi el tres de marzo. El escenario fue el palacio llamado Juraku-tei, que encarnaba con su vistosidad y elegancia lo mejor del estilo llamado *Momoyama*, el esplendor de los mejores días de Toyotomi Hideyoshi. El P. Frois en el capítulo 39 de sus *Apparatos* ha dejado una magnífica relación de esa página de la historia japonesa; no vamos a reproducirlo aquí ahora, pues sólo nos interesa aquello vinculado de un modo especial con los legados. Estos, dice,

memoria?. ¿Fue interpolada la carta? La muerte de Otomo Sorin nos privó de saber la solución.

“iban riquísimamente vestidos con sus opas de terciopelo negro guarnecidas de pasamanos de oro, que el Sumo Pontífice les dió en Roma, con lo que causaban admiración a todos”

asistieron en puesto de honor a la presentación de la Embajada y luego al banquete oficial. Aquí les llegó el turno.

Hideyoshi, con su innata habilidad, había sabido cambiar la tensa atmósfera de la primera parte en un ambiente familiar, con sólo retirarse y volver a aparecer vestido ya con un traje sencillo. Va de una mesa a otra saludando a los invitados y

“especialmente se detuvo un grande espacio con Itoo Don Mancio, mostrándole mucho amor y benevolencia, diciéndole que él había restituido en el estado de Hyuga a su primo, y que si Don Mancio quisiese quedarse con él, le haría también muchas mercedes, instándole para que se quedase. Mas como D. Mancio tenía otros pensamientos, le respondió muy prudentemente que el P. Visitador lo había criado siempre como a hijo, lo mismo que a sus compañeros, y que por eso era tanta la obligación que le tenía, que sería ingratitud dejarlo ahora, aunque fuese para recibir grandes mercedes. Respondióle Quambacu que tenía mucha razón”.

Escena parecida se repite con Miguel Chijiwa, aunque aquí el estilo es distinto; el recelo de Hideyoshi y el carácter de Miguel se palpan en la narración de Frois:

“Habló también con los otros tres preguntándoles por su nombre y alcurnia, y de donde eran; especialmente instó con D. Miguel preguntándole si era de la misma alcurnia que la casa de Arima, y él, temiendo causar algún daño a Arima *don* si le decía quién era, iba buscando rodeos para no descubrirselo, diciendo que era de la alcurnia de Chijiwa; y volviendo a instar que en qué dominio estaba Chijiwa, no le pudo negar que estaba en Arima, y entonces le volvió a preguntar si era pariente de Arima *don*, a lo que respondió que creía que su padre tenía algún parentesco con Arima⁹. Finalmente, sin mentir no le dijo quién era. Y con todo eso dijo Quambacu *don* que parecía que estos señores de Shimo tenían mucha amistad con los Padres y con el Virrey”.

Intermedio musical

Hideyoshi pareció quedar satisfecho de sus investigaciones genealógicas. Volvió al sitio donde estaba Valignano y después de

⁹ El padre de Miguel Chijiwa era hermano de D. Andrés Arima Yoshinao y de D. Bartolomé Omura Sumitada. Miguel era por tanto primo hermano de Arima Harunobu. Este hecho atestiguado por numerosos documentos, no soluciona sin embargo todos los puntos oscuros que aún quedan en torno a Miguel.

un rato de amena conversación, pidió fuesen allí los cuatro jóvenes legados, pues quería oírlos tocar. Esto necesita una breve introducción: los cuatro jóvenes en su viaje por Portugal e Italia no sólo habían reunido una buena cantidad de instrumentos musicales, mas habían aprendido a tocarlos; especializado cada uno de ellos en un instrumento distinto, formaban un cuarteto musical que hizo escuela en Japón. Frois, que debía de tener aficiones musicales, menciona con frecuencia este aspecto de la legación y además nos da los nombres de los diversos instrumentos. Ya en la descripción de la llegada a Nagasaki escribía:

“Mucho se deleitaban todos oyéndolos tocar y cantar con tanta variedad de instrumentos, como de allí trajeron admirándose de la consonancia de tantos instrumentos juntos, y de la correspondencia que tienen entre sí”.

En la estancia en Muro, los legados hicieron gala de su arte ante los ilustres visitantes mencionados más arriba:

“y no menos se admiraban de ver la gracia y destreza con que tañían, y para alcanzar de ellos lo hiciesen, se lo pedían con mucha instancia e interés”.

Su fama de músicos había llegado a oídos de Hideyoshi; por otra parte el recital parece entraba en los cálculos de Valignano, como puede deducirse de la frase con que Frois introduce el concierto:

“Trajeron los instrumentos, que para eso estaban preparados, y los cuatro hidalgos comenzaron a tocar, armonizando con clavo, arpa, laud y nabequiña, lo que hicieron con mucha destreza, gracia y soltura, por haber aprendido muy bien en Italia y Portugal. Mandoles cantar, oyendo con mucha atención y curiosidad. Y porque ellos por respeto, después de tocar un poco paraban para no cansarlo, él les mandó tres veces que volviesen a tocar y cantar con los mismos instrumentos; y después tomó cada uno de los instrumentos en sus manos y fue haciendo sobre ellos diversas preguntas a los cuatro Hidalgos japoneses. Y quiso además que tocasen con las violas de arco y el realejo, y todo lo vió con mucha curiosidad, sacando diversas conversaciones con ellos, diciéndoles que pues eran japoneses se alegraba mucho; como queriendo mostrar con ello que los tendría consigo, con lo que así a ellos como a los Padres dio motivo de tristeza y materia en qué pensar”.

Al día siguiente Hideyoshi llamó nuevamente a Ito Mancio con el Hermano Joao Rodríguez para que le enseñasen a manejar un reloj que le había regalado el P. Visitador, y aprovechó la

ocasión para pedir nuevamente a Mancio entrase a su servicio. Con su fino tacto Mancio soslayó nuevamente el problema.

Al día siguiente Hideyoshi tuvo que salir de Kyoto, y libres ya de preocupaciones los legados pudieron empaquetar sus instrumentos y emprender la vuelta a Nagasaki. Todavía en el camino tuvieron una actuación en un sitio inesperado: en Hirado en presencia del viejo *daimyo* Matura Takanobu, el que había recibido a San Francisco Xavier. Aunque vivía retirado, al oír que los jóvenes legados estaban de paso en Hirado, los invitó y estuvo con ellos hasta la media noche.

Un viento favorable llevó a los viajeros en un día de Hirado a Nagasaki. Aquí Valignano tenía que esperar la respuesta de Hideyoshi; mientras esperaba creyó llegado el momento de hacer entrega solemne a los *daimyos* de Arima y Omura de los objetos, reliquias y Breve que Su Santidad había enviado para ellos.

El capítulo 44 de los *Apparatos* de Frois está dedicado íntegro a la ceremonia realizada en Arima. Era el mes de mayo. Arima (hoy Kita-Arima) era una ciudad de *samurai* y labradores que se extendía rodeando el castillo de Hinoe. Colinas cubiertas de arbolado; dos estrechos valles, uno a cada lado del castillo con arroyos de agua clara; una amplia entrada del mar que en la marea alta llegaba casi al pie del castillo. Este consistía en una serie de colinas unidas entre sí, con sus laderas cortadas y fortalecidas con muros de grandes piedras. La parte superior de las colinas estaba cuidadosamente nivelada y en esas amplias terrazas se alineaban las casas de los servidores del *daimyo*, de su cuerpo de guardia y, finalmente, en el sitio más seguro y con mejor vista, la residencia de Arima Harunobu. En la parte más alta una torrecilla para los centinelas. Abajo en el valle, fuera de la fortaleza, pero cerca de ella, destacaba entre las casas de los *samurai* el edificio de la iglesia. Hoy día cuando en ese mismo mes de mayo pasamos por la vega de Kita-Arima, muy aumentada con terrenos reclamados al mar, es difícil imaginar el aspecto de la antigua corte de D. Protasio. Kita-Arima es una pequeña población campesina. El castillo, un monte cubierto en parte con frondoso arbolado, en parte con naranjales, y con sus terrazas convertidas en campos de cultivo. Han desaparecido los grandes muros (en su mayor parte las piedras llevadas a Shimabara para construir aquel castillo) y sólo en dos o tres sitios los restos de unos lienzos de muralla testimonian las grandezas de la antigua construcción. En lo más alto del monte, se ha hecho un pequeño parque en el que han levantado una cruz. Se ignora el mismo emplazamiento de la antigua iglesia. En este mes de mayo, cuando yo cruzo a pie por entre los arrozales, sólo guardan continuidad

con el pasado la radiante naturaleza y las alondras que cantan sin cesar; esas alondras, *hibari*, que el compañero de los legados, Diego Mezquita, se preocuparía años más tarde por enviar a Manila. Tal vez fue en esta visita al castillo de D. Protasio cuando su canto atrajo su atención.

La entrega oficial del Breve de Su Santidad se realizó en la iglesia; precedió una Misa solemne, cantada por los *dojikos* del Seminario, "con órgano y con diversos instrumentos". En el sermón de la misa se explicó "el intento de la misión de los cuatro hidalgos", y las razones porque fueron tan honrados en Roma. Esas razones, tal como las expone Frois, coinciden con las que el General Aquaviva anotaba en la minuta para responder a las quejas del P. Pedro Ramón: "por ir de tan lejos, ser cristianos nuevamente hechos y quererles Su Santidad dar con esto nuevo ánimo". Después de la Misa los cuatro jóvenes, esta vez presididos por Miguel Chijiwa, entregan a D. Protasio los regalos del Papa: Un lignum Crucis, un sombrero ducal, una espada y el Breve. Sigue, en la sacristía, un intercambio de felicitaciones y acciones de gracias, y solemnemente D. Protasio vuelve a su residencia en el castillo. Luego, invitados a solemne banquete, van al castillo Valignano, los jóvenes y sus acompañantes.

Cumplida su misión, Valignano se retira, dejando en Arima a los legados; para éstos sigue una semana de fiestas, en las que no faltaban las representaciones de las diversas aldeas, cada una con sus danzas típicas.

Luego con las mismas ceremonias se realizó la entrega de Breve y regalos a D. Sancho de Omura. La misión oficial de los cuatro jóvenes legados había terminado. La persecución de la iglesia continuaba. Ahora a ellos tocaba decidir el nuevo rumbo de sus vidas en aquellas circunstancias. La decisión de los cuatro fue ingresar en la Compañía de Jesús.

Dos de ellos, Itoo Mancio y Miguel Chijiwa tuvieron sin embargo que vencer un último obstáculo: la oposición de sus madres que, valiéndose de sus lazos familiares, buscaron el apoyo del *Tono* de Hyuga y del *daimyo* de Arima. Harunobu, especialmente instó ante Valignano para que dejase a Miguel entrar en su servicio; pero Mancio y Miguel supieron mantener su decisión; es más, Mancio ganó a su hermano menor, Justo Itoo, que meses después ingresó también en el Noviciado.

Años de formación

El 25 de julio de 1591 en la iglesia de Kawachinoura (Amakusa), Valignano recibió a los cuatro jóvenes legados en la Compañía de Jesús. La ceremonia se apartó un poco de lo acostum-

brado: Misa solemne, "en canto de órgano y con diversos instrumentos músicos", sermón, y finalmente convite en la residencia del *Tono*, D. Juan Amakusa Hisatane. "Después del convite los llevó el Padre a la Casa Noviciado, donde los entregó a su maestro". Tras los cuatro banqueteados novicios y su Maestro se cierra la puerta del noviciado; para algunos historiadores esto supone que aquí termina la aventura, y con esa puerta cierran sus libros con un gesto de desilusión; como quién dice: ¿para eso tanto viaje?

Nosotros vamos a seguir, sin embargo a los cuatro hidalgos; la clausura de una casa japonesa, con sus puertas corredizas¹⁰ no es infranqueable; su maestro de Novicios, el P. Celso Confaloniero, aunque un tanto escrupuloso, es hombre amable; y, como veremos, las circunstancias políticas no dejaron en paz ni aquel apartado rincón de las islas.

Amakusa estaba entonces bajo la superintendencia de D. Agustín Konishi Yukinaga; éste generosamente, después de la breve y violenta guerra que asoló las poblaciones de Shiki y Hondo, había concedido el perdón a D. Juan Amakusa y le había permitido permanecer en su dominio. La fortaleza principal era Kawachinoura, hoy Ichooda, lugar tranquilo, entre montañas, al fondo de una pintoresca entrada del mar. Era territorio completamente cristiano, lejos de las principales vías de comunicación. Allí habían llevado los jesuitas el Noviciado y el Colegio donde se formaban sus estudiantes. En la vecina población de Shiki tenían otra residencia y parte del Seminario. Casi todas las aldeas tenían su pequeña iglesia o casa-misión, atendidas por catequistas y visitadas por los padres y hermanos del Colegio.

En éste, el Rector era un hombre que por su intensa vida interior y su afable carácter dejó profunda huella en sus súbditos, el P. Francisco Calderon¹¹. El segundo de a bordo no era otro que el P. Mezquita. Los profesores de latín eran el P. Nicolás de Avila y el P. Manoel Barreto. Otros dos padres figuraban como operarios, Marcos Ferraro y Alfonso González. Pero más interesante es seguir en el catálogo de 1592 la lista de los compañeros: entre éstos hay nombres que harán historia; así en la primera clase de latín, a la que pertenecían Mancio y su hermano Justo, están los futuros mártires Beatos Tomás Tsuji y Antonio Ishida; en segundo de

¹⁰ Las casas usadas por los jesuitas en Japón, incluida la de Amakusa, eran de estilo japonés. Los dibujos de edificios de estilo occidental divulgados por algunos libros escritos acerca de la Legación, no pasan de ser imaginaciones de quienes nunca pisaron tierra japonesa.

¹¹ DIEGO PACHECO: "El Padre Francisco Calderón S. J. y los 26 mártires de Nagasaki", en *Missionalia Hispanica*, n. 54, 1961, 5-21. En lo relacionado con el colegio de Amakusa, debo mucho a: José Luis Alvarez-Taladriz: *Adicciones del Sumario de Japón*, 427 ss.

latín, con Miguel Chijiwa y Julián Nakaura, estan otros dos mártires: Nicolás Fukunaga y Miguel Kimura. Finalmente con Martín Hara, que terminado el estudio del latín estaba ya entre los que se especializaban en la lengua y literatura japonesa, encontramos a los que serán los dos primeros sacerdotes de Japón, Luis Matsubara y el Bto. Sebastián Kimura; también entra en este grupo el mártir Sixto Tokuum. Uno de los profesores de éste grupo era el Hermano Fabián Unguio, bien conocido por sus obras literarias, más conocido aún por su apostasía y por su folleto *Ha-Deus* (Contra la secta de Dios). Cuando en ese libro, escrito el año 1620, Fabián, fugitivo de la Compañía desde 1609¹², deje ver como causa de su resentimiento el que los Misioneros extranjeros cerraban el camino del sacerdocio a los japoneses, se olvidará de explicar porqué se le adelantaron en ese camino sus discípulos de Amakusa. El catálogo de 1592 daba para el Colegio de Amakusa una lista de cincuenta miembros. No aparece ya en la lista, pero estaba en el colegio cuando los cuatro jóvenes ingresaron en el noviciado, otro estudiante jesuíta que cinco años más tarde daría su vida en una cruz en Nagasaki, S. Pablo Miki.

También ese año 1592 pasó a Amakusa la imprenta que los legados habían traído de Portugal; entre los dedicados a ese trabajo volvemos a encontrar al compañero de viaje, Constantino Dourado.

Hasta la paz de los montes de Amakusa se vió turbada por la presencia de Hideyoshi en Nagoya (Hizen), la base militar construida para la invasión de Korea. Desde allí sus emisarios recorrían todas las regiones de Kyushu buscando árboles para la construcción de casas y naves. Esos emisarios realizaban también una labor de espionaje; su llegada a las costas de Amakusa obligó al Colegio y al noviciado a dispersarse: se repartieron en tres sitios y al aumentar el peligro también esos núcleos se deshicieron y los estudiantes pasaron a vivir a casas particulares. Esta era la situación en julio de 1593, cuando se cumplieron los dos años de noviciado de los cuatro legados. Ignoramos dónde se refugiaron. He recorrido muchas veces esos montes de Amakusa, tierra bella, pero áspera y pobre. ¿Recordarían en esos días los honores que ofreció Hideyoshi entre los dorados *byobus* del Juraku-tei? Ellos declinaron esos honores, como desoyó Mancio los ofrecimientos de Otomo Yoshimune y Miguel la petición de Arima Harunobu. Al verse ahora fugitivos por los montes, miembros de un grupo proscrito, no hubieran podido menos de reirse si llegan a leer la frase de un crítico de su legación: "No tendrían para comer si

¹² Jap Sin 37, f. 181.

no se hubieran acogido a sagrado"; la realidad era más bien lo contrario.

Con ese conocimiento práctico de lo que suponía la vida que abrazaban, los cuatro hicieron sus votos religiosos el 25 de julio de 1593, como consta por la carta que Itoo Mancio escribió al P. General el 6 de marzo de 1594.

La carta está en correcto castellano y por su estilo yo diría que va dictada por el P. Calderón; por ella sabemos que ese año los cuatro estaban aún en Amakusa y estudiaban, bajo la dirección del P. Pedro Morejón, el compendio de Filosofía compuesto por el P. Pedro Gómez, Vice-provincial de Japón.

En la carta no se hace mención de su hermano Justo, lo que parece indicar que éste había abandonado ya la Compañía de Jesús. El año 1592, una noticia había alborotado el ambiente del noviciado: un grupo de aquellos novicios y estudiantes iba a repetir el viaje a Europa, esta vez no como legados, sino para hacer allí sus estudios. Era un nuevo proyecto de Valignano, pero que encontró fuerte oposición en muchos de los misioneros, y se desistió de él. El P. Calderón, el 10 de marzo, de 1592 y Mancio Itoo el 14 informan del proyecto, y también, en postdata, de su cancelación. La carta de Mancio nos añade un dato: uno de los elegidos era su hermano Justo¹³.

De 1594 a 1600, es difícil seguir las rutas de nuestros jóvenes, tal vez antes, pero ciertamente el 1597 salieron de Amakusa: ese año la persecución vinculada con el martirio de los 26 Santos, obligó a cerrar el Colegio, que al año siguiente volvió a reorganizarse en Nagasaki; no sabemos si los cuatro legados estuvieron todo ese tiempo en Nagasaki o si, como solía hacerse, se ejercitaron ayudando en el apostolado a algún misionero.

Hacia 1600, el nombre de Martín Hara comienza a aparecer en las relaciones, eclipsando a sus compañeros. Dos actuaciones suyas de esta época nos dicen que ya desde algún tiempo antes venía siendo una ficha importante: el elogio fúnebre del P. Pedro Gómez y el rescate de los misioneros de Uto.

Pedro Gómez murió repentinamente, siendo aún Viceprovincial, el 1 de febrero de 1600; por el cargo que ocupaba y por su reconocida virtud, era muy estimado. Su funeral, en la iglesia del Colegio de Nagasaki, reunió a lo principal de la ciudad. El sermón estuvo a cargo del Hermano Martín Hara; eso indica que ya entonces su reputación como predicador estaba bien asentada.

¹³ Las cartas de Mancio Itoo, con otras de sus compañeros han sido editadas en *Kirishitan Kenkyu*, vol. VI, Tokyo 1961, 161-185.

Más difícil fue la segunda actuación: con ocasión de la batalla de Sekigahara y de la muerte de Agustín Konishi Yukinaga, su fortaleza de Uto cayó, tras larga resistencia, en poder de Katoo Kiyomasa. En la fortaleza estaban dos Padres y tres Hermanos. Katoo los encerró en estrecha prisión. Aunque ya Simeón Kuroda Kambei había preparado el terreno, fue Martín Hara el que llevó las negociaciones a feliz término¹⁴. Martín se entrevistó primero con uno de los gobernadores, y por medio de él consiguió la libertad de los prisioneros. Después de libertados éstos, Katoo Kiyomasa quiso entrevistarse personalmente con Martín Hara, con quien habló familiarmente. Uno de los prisioneros así libertados, era nuestro conocido Pedro Ramón, el crítico de los legados.

En 1601, Valignano, incansable en la realización de sus proyectos, envió a Macao a 17 hermanos para que completasen allí sus estudios; entre éstos iban Ito Mancio y Julián Nakaura. Estudiaron tres años de Teología, o *Casos*, como dicen los Catálogos de la Provincia Japonesa, y volvieron a Japón en la nave de Joao Caiado de Gamboa en 1604. Desde 1603, Valignano estaba ya otra vez en Macao, y de su interés por la formación de esos estudiantes japoneses puede dar idea un documento que es como su testamento en esta materia. El documento escrito en portugués, lleva como título:

“Memoria que hizo el P. Visitador de China y Japón, estando con grandes dolores y debilidad, con peligro de acabar con ellos la vida”.

Traducimos a continuación el párrafo que se refiere a los estudiantes japoneses.

“Porque siempre me pareció cosa importante que viniesen a formarse en este Colegio los más Hermanos estudiantes japoneses, que buenamente se pudiere, para que se perfeccionen en las letras y en la virtud y se unan de la manera que conviene con los nuestros de Europa, y por la Misericordia de Dios hemos visto que esta traza nos salió bien, encomiendo al P. Viceprovincial que procure siempre enviar el mayor número de Hermanos estudiantes japoneses que buenamente pueda, a este Colegio, donde los haga estar cuatro o cinco años por término medio, aprendiendo virtud y letras, y no se deje persuadir a hacer otra cosa por mucho que vea que algunos Padres y Hermanos de los nuestros son de parecer contrario”¹⁵.

¹⁴ VALENTIN CARVALHO S. J., *Suplemento de la Annuaria de 1600*, Jap Sin 54, 123v-124.

¹⁵ Jap Sin 14, IIa, 229-230.

El documento está firmado el 17 de enero de 1606; tres días más tarde, el 20 de enero, moría en el mismo colegio de Macao el P. Alejandro Valignano. Su juicio favorable sobre el éxito de la primera experiencia con los estudiantes japoneses enviados a Macao, recae también sobre Mancio y Julián, miembros de ese primer grupo.

Martín Hara no fue a Macao; hizo sus estudios sin salir de Japón; tal vez ya había terminado cuando Valignano, en su tercera visita a Japón, planeó ese curso, tal vez su presencia se requería en Nagasaki para diversos asuntos ¹⁶.

En el verano de 1604, Mancio, Martín y Julián están otra vez reunidos en Nagasaki; falta Miguel: el catálogo de 1603 ya omite su nombre.

La dolorosa prueba interior

Es difícil precisar cuando se inició el cambio. Desde el comienzo entre los misioneros de Japón había habido quienes con razón o sin ella no veían bien una rápida promoción al sacerdocio de los candidatos japoneses; pero la dirección marcada por Valignano era clara, y en 1601, con la ordenación sacerdotal de Sebastián Kimura y Luis Matsubara en el Colegio de Nagasaki, el ambiente era de pleno optimismo; y sin embargo es en esa época cuando Valignano comienza a dar marcha atrás y el grupo de los que se oponen cobra fuerza; en este grupo figuraban el nuevo Viceprovincial Francisco Pasio y el P. Celso Confaloniero, nuevamente elegido Maestro de Novicios. El gran número de Hermanos japoneses y algunos problemas que estos creaban, influía indudablemente en esa posición negativa. Frente a ellos se alzan voces como la del P. Diego de Mezquita que pide se mida a los hermanos japoneses con las mismas normas usadas para los hermanos llegados de Europa o de la India. La sinceridad de Mezquita cuando en 1607 toma la pluma y escribe al P. General, tiene aquí una nota de cálido afecto, pues en el problema veía envueltos dolorosamente a dos de sus protegidos: Miguel Chijiwa había caído en los primeros encuentros, Martín Hara sufría ejemplarmente en silencio.

No sabemos el año exacto de la salida de Miguel Chijiwa; un silencio hostil interrumpido sólo por algunas veladas alusiones envuelve desde ahora su vida. Hay dos fechas topes, 1594, cuando

¹⁶ Por ejemplo, su nombre aparece como Notario en el proceso sobre la Retracción de Pedro Cano, Nagasaki, 1603. La documentación en: Madrid, Academia de la Historia, Cortes 565, maço 14, f. 367-8v. Cf. Josef F. Schutte S. J., "Documentos sobre el Japón conservados en la Colección Cortes", Madrid 1961, p. 83.

aún figura en Amakusa, y 1603, cuando su nombre está ausente del catálogo. El que en 1601 no marchase a Macao con sus dos compañeros, puede significar que ya estaba fuera de la Compañía, puede sugerir también que esa fue la última razón para que pidiese salir, como parece indicarlo una frase de Mezquita. Escribiendo en su carta de 1607 sobre la paciencia con que los Hermanos japoneses sobrellevaban el retraso de su ordenación sacerdotal, dice:

“Y de lo que ciertamente me edifico es de que por este motivo hasta ahora no haya venido a quebrar ningún japonés, si no fue Chijiwa Miguel, al cual si a tiempo se le hubiera ayudado con un curso de *Casos*, no hubiera venido a terminar en lo que ahora es, con tanto daño para la Cristiandad de Omura”¹⁷.

Mezquita es el único que menciona la cuestión de los estudios en el caso de Miguel. El P. Pedro Morejón, que como Mezquita mostraba especial benevolencia para con los estudiantes japoneses, atribuye la salida de Miguel a falta de salud:

“Sólo D. Miguel, por ser enfermo y casi tullido, fue despedido de la Compañía; casóse y sirvió a su primo Omuradono”¹⁸.

El P. Alfonso de Lucena, que trató a Miguel después de su salida, es mucho más severo:

“Chijiwa Miguel, que aún dicen está vivo, no solamente fue despedido de la Compañía, por pedirlo él y merecer que lo despidiesen, mas en este tiempo pasado en que dejaron la fe el *Tono* de Omura y algunos de sus vasallos, él también apostató”¹⁹.

La frase de Lucena marca claramente la diferencia entre dos hechos, la expulsión, anterior a 1603, y la apostasía que tiene lugar en 1606. Tenemos pues a Miguel sirviendo a su primo Omura Yoshiaki en el momento en que este rompe con la Compañía de Jesús, con ocasión del cambio de territorios en Nagasaki y Urakami²⁰. Un detalle curioso en ese problema es que mientras Mar-

¹⁷ Diego de Mezquita, Nagasaki 3, noviembre, 1607, Jap Sin 14, IIA, 285. Otro dato, indirecto, para precisar la fecha de salida de Miguel Chijiwa es que Valignano en su Apología habla de manera que parece ser que en la fecha en que escribe, 1598, los cuatro perseveraban aún, f. 24v.

¹⁸ En la edición del *Sumario de las cosas de Japón*, del P. Alejandro Valignano S. J., por José Luis Alvarez Taladriz, Tokyo 1954, p. 87, nota.

¹⁹ AFONSO DE LUCENA S. J., *De Algunas Cousas que ainda se aembra o Pe. Afonso de Lucena que pertencem a Christandade de Omura*, edit. por Josef Franz Schutte S. J., Roma 1972, p. 132.

²⁰ DIEGO PACHECO S. J., *El Primer Mapa de Nagasaki*, en Boletín de la A. E. O., 1966, p. 9-20. La crónica de Lucena, y en parte la relación del P. Zu-

tin Hara actua como agente de los jesuitas, Miguel Chijiwa toma la parte del *Tono*. Dos relaciones de testigos presenciales, enfocan su atención sobre el papel desempeñado por Miguel. Morejón negaba que Miguel hubiese tomado una actitud indigna frente al cristianismo:

“Aunque no mostró el celo y entereza que de él deseaba, ni fue gentil ni persiguió jamás a la Iglesia, antes dijo mucho bien de los cristianos”.

La realidad fue sin embargo algo distinta. Después de la ruptura con los jesuitas, mas antes de la apostasía de Omura *dono*, a fines de 1605 se presentan en Omura dos misioneros dominicos, los Padres Zumárraga y Mena. En ese tiempo los dominicos tenían su misión en Kyodomari, territorio de Satsuma; mas preveían que el *daimyo* Shimazu Iehisa iba a expulsarlos en vista del pobre resultado del comercio con Manila, y buscando nuevo territorio van a ofrecerse al *Tono* de Omura en sustitución de los desterrados jesuitas. Omura Yoshiaki estaba ausente y en su lugar se entrevistan con los dominicos

“algunos principales y entre ellos un hermano del *Tono* y un primo suyo, que es el gran príncipe que fue a España por orden de los Padres de la Compañía”.

Este primo del *Tono* es Miguel y de él nos hace la relación del P. Zumárraga esta presentación:

“Con su estado y casa y muebles raices debe valer echada buena cuenta menos que nada, y está ahora, en su prosperidad, y tendrá hasta quinientos ducados de renta cada año, y obligación de servir con tantos soldados a su primo que se la da, y si se la quita quedará en blanco, y para su plato le debe de quedar en limpio cada año menos de doscientos pesos; y destos son los príncipes fueron a España y en quien el Papa y el Rey y grandes mostraron su poder; y los otros tres son hermanos de la Compañía, que si fueran seglares fueran algo menos que éste”²¹.

márraga que citamos a continuación, dan nueva luz sobre el asunto tratado en el artículo citado. Lucena, por estar en Omura, donde permaneció hasta 1614 (en la población de Tone), y por su amistad con todos los miembros de la familia Omura, estaba bien informado.

²¹ Fray Thomas del Espíritu Santo [Zumárraga] O. P., Fray Alonso de Mena O. P., 10 de Noviembre de 1605, en “*Epistolario de los Mártires Dominicanos de Japón*”, edición por Honorio Muñoz O. P., Manila 1967, II, 1-6. He podido confrontar con el original gracias a la amabilidad del P. José Delgado O. P. Sobre el título de Príncipes conviene anotar que Valignano a los legados los llamó “meninos” en la instrucción que envió sobre cómo proceder con ellos. Ese importante documento, en *Les instructions du Père Valignano pour l'ambassade japonaise en Europe*, por J. A. Abranches Pinto et Henri

Después de casi veinticinco años, el recuerdo de la legación todavía enciende y perturba la pluma; pero gracias a eso tenemos una descripción bastante exacta de la situación social (uno de los principales) y económica (quinientos ducados de renta) de Miguel Chijiwa. La relación prosigue contando la entrevista nocturna que los dos dominicos tuvieron con los jesuitas, encerrados entonces en su iglesia de Omura, y vuelve a tocar en Miguel:

“Este príncipe que estuvo en Roma nos dicen que habla muy mal, hasta decir que los mandamientos de España y Japón son diferentes y que los religiosos no son estimados en España y nos han llegado a decir que es escándalo al cual creen como testigo de vista. Dios sabe la verdad de todo. Lo que podemos decir es que si quiere deshonorar a los Padres no tiene más que ponerse por ejemplo y contar lo que aconteció en España que eran príncipes y dirán que por sacar dinero. Dios lo tenga de su mano. Y plegue a Dios que lo que del dicen sea mentira, aunque nosotros vimos muy malas señales en su cara y acciones”.

El asunto tiene su aspecto interesante y es que poseemos sobre él la relación del jesuita que entonces se encontraba en Omura, el P. Lucena:

“en este tiempo vinieron dos religiosos a pedir al *Tono* que ya que nos arrojaba fuera de la tierra, los quisiese aceptar en ella, ya fuese en el lugar donde actualmente estábamos, ya en otro cualquiera que le pareciese. Viéronse con estos dos religiosos un hermano del *Tono* y Chijiwa Miguel, uno de los cuatro que fueron a Roma en tiempo de los Papas Gregorio XIII y Sixto V, y les preguntaron qué querían. Respondieron lo arriba dicho y ellos les volvieron a decir que los Padres estaban todavía en Omura y no era honra del *Tono* desterrar a un Padre a quien amaba y conocía desde niño y recibir a otros que no conocía y así que ni en lugar de los Padres de la Compañía ni en otro de todos sus estados los quería poner. Y con esto les mandaba decir que se fuesen luego fuera de su tierra, y así se fueron para Hirado”²².

Miguel aparece aquí tomando parte activa en las negociaciones; no es pues improbable que alguna vez se enfrentase en el curso de ellas con su antiguo compañero Martín Hara, pero ningún documento nos habla de ello.

Bernard S. J., *Monumenta Nipponica*, Vol. VI, 1943, 390-403. En su Apología los llama ‘caballeros’, Frois en sus *Apparatos* los llama ‘fidalgos’. *Apología*, f. 24v.

²² Lucena, o. c., p. 222-224. La hostilidad que otros religiosos manifestaron a la legación, se debió sobre todo a que la vinculaban con el Breve de Gregorio XIII en favor de los jesuitas.

El siguiente paso en la historia de Miguel es su clara apostasía. Lucena es tajante en este punto, y aún prescindiendo de la pasión que pueda haber en su testimonio, éste es el del testigo más cercano y mejor informado:

“En este tiempo pasado en el que dejaron la fe el *Tono* de Omura y algunos de sus vasallos y parientes, él también apostató y se hizo gentil, y se hizo tal hereje o ateo (que gentil no lo sería, pues no adoraba a Shaka ni a Amida) que hablando yo con él, después de que había apostatado, entendí que de corazón había perdido la fe que recibió en el bautismo, y sentía tan mal de Cristo N. S., que lo comparaba a Mahamede y lo mismo que ese maldito de Mahamede sentía de Cristo, que no era Dios, piensa también este maldito de Miguel”.

La afirmación de que no adoraba ni a Shaka ni a Amida, no contradice las palabras del Asistente de Portugal en Roma, P. Juan Alvarez, cuando este se rasga las vestiduras, viendo “a un Caballero Romano e Hijo de San Marcos, miembro de la secta *Hokke*”, pues la afiliación a la secta budista Nichiren, impuesta por Omura Yoshiaki, no suponía práctica de la nueva religión, sino solo una manifestación externa de apostasía del cristianismo.

Ignoramos cuándo pasó Miguel al servicio de Arima dono, pero ciertamente su camino estuvo siempre sembrado de dificultades. En 1619 escribía Morejón:

“en pena de su inconstancia, ha pocos años fue muerto de un su criado por causas que él daría, como de ordinario sucede a los expulsos o apóstatas de las santas religiones”.

Morejón que escribía esto lejos de Japón, no estaba del todo informado. Más concreto es el testimonio de Lucena:

“Después de caído, el *Tono* de Omura estuvo varias veces para mandarlo matar, pero él se escapó y se fue a amparar con su primo Arimadono, y estando con él, sirviéndole, un criado propio suyo le hirió gravemente, de suerte que todos pensaron que moría; mas por ser mala pieza y por justos juicios de Dios, no murió, y finalmente su primo lo arrojó de sí, y dicen que está ahora en Nagasaki, así gentil o hereje como estaba antes”.

Miguel desaparece así, tristemente, de la escena. No sabemos la fecha de su muerte; pero su nombre reaparece años más tarde en una curiosa e inverosímil noticia. Es el año 1638. De Nagasaki han vuelto las tripulaciones de las dos galeotas de D. Joao Pereira; salieron de Japón el 20 de octubre y llegaron a Macao el 4 de noviembre; llevaban noticias de la insurrección de Shimabara (17,

XII, 1637 - 12, IV, 1638), que el P. Manoel Dias transmite al P. General en carta del 3 de diciembre del mismo año:

“Que los cristianos de Arima, cansados ya de sufrir las tiranías que por serlo les hacía su *Tono*, se levantaron contra él, eligiendo por capitán un joven de 18 años, que dicen es hijo de Don Miguel, uno de aquellos cuatro japoneses que antiguamente fueron a Roma, y se hicieron fuertes en una como fortaleza donde se metieron”²³.

Amakusa Shiroom no era hijo de Miguel Chijiwa, ni ningún otro documento japonés o extranjero de esa época los relaciona, pero indudablemente el rumor debió de correr por Nagasaki cuando los portugueses lo llevaron a Macao. El pobre Miguel, expulsado, apóstata, desterrado, herido por un vasallo, pervivía todavía en la imaginación popular. Sobre todo aquello seguía siendo, como es hoy, “uno de los que fueron a Roma”²⁴.

Las gestiones ocasionadas por el destierro de los misioneros de Omura, encontraron a Martín Hara en lo más duro de su prueba interior. Había terminado sus estudios; sus trabajos como predicador, traductor, su don de gentes, indicaban que estaba perfectamente preparado para recibir el sacerdocio; y sin embargo los superiores continuaban dilatando el concedérselo; y esto no porque hubiese alguna razón contra él, sino por la prevención que había en un sector cada vez mayor de los misioneros contra los escolares japoneses.

Esa prevención tenía su fundamento real: muestras de inconstancia, de arrogancia, faltas en el voto de castidad; procedía también de prejuicios. Pero todo tiene su límite, y al P. Mezquita pareció que ese límite se había pasado en este punto. Por eso el 3 de noviembre de 1607 toma la pluma en defensa de sus tres protegidos y escribe al P. General la carta citada, de la que vamos a entresacar algunos párrafos.

La última gota había sido una decisión de Valignano, fallecido el año anterior, pidiendo al P. General se exigiese para la ordenación sacerdotal de los japoneses los mismos requisitos que para

²³ Jap Sin 18, II 268-269v; cf. Josephus Franciscus Schutte S. J., “Introductio ad Historiam Societatis Iesu in Japonia”, Romae 1968, p. 261-262.

²⁴ En la población de Chijiwa puede verse el Monumento erigido en memoria de Miguel, en el monte donde estuvo el castillo de su padre. Ocupa hoy el lugar del castillo un templo shintoísta, Tachibana-jinja, con magnífico parque de cerezos. En un rincón del bosque está el monumento; una inscripción en bronce cuenta la historia de Miguel, deteniendo prudentemente la narración en el momento en que éste termina de presentar su embajada. Una visita a este bello rincón puede dar idea, mejor que muchos documentos, sobre la tan discutida ‘alcurnia’ de los legados.

la profesión solemne. Mezquita llama a esa decisión "poner nota o modo de infamia en la nación japonesa", y protesta enérgicamente:

"Puedo afirmar a V. P., con toda sinceridad, como si hablase con Dios, que es muy poca la ventaja que les llevan los Hermanos de Europa que por aquí andan, o ninguna, y no digo de los [portugueses] nacidos en la India, mestizos, etc., porque de esos no hay que hablar, pues les quedan muy atrás, y sin embargo se los promueve acá y en la India lo mismo que a los de Europa".

Se admira del cambio operado en la mentalidad de Valignano, a quien años antes había oído decir que pronto habría en Japón obispo japonés, y atribuye ese "pasar de un extremo a otro" a la vejez, y también al influjo de ciertos consejeros, entre los que cita al Maestro de Novicios, Confaloniero, "tan amigo de extremos y tan sujeto a imaginaciones".

Pasa luego a analizar el trabajo realizado por los Hermanos japoneses, a cuyas predicaciones y trabajos atribuye gran parte de la labor realizada, y termina con el siguiente párrafo, que vamos a transcribir íntegro, por la luz que arroja sobre el difícil problema, y porque nos sitúa a Martín Hara en el momento de la prueba y nos descubre su reacción ante ella.

"La iglesia que tenemos en este Nagasaki y Colegio, es la mayor y más concurrida que hay en todo Japón; pues con ser tan capaz, es tanto el auditorio que hasta el patio se llena a veces. Mas los predicadores que suben a este púlpito son ordinariamente Hermanos japoneses, y lo hacen con tanto fruto y edificación como pudieran hacerlo nuestros Padres. Pues siendo así, que estos Hermanos dan tan buena cuenta de sí como los de Europa, y saben Latín muy suficientemente, y predicán, unos hace diez, otros hace quince años, teniendo el mismo tiempo o más de vida religiosa, con satisfacción de todos, no sé porqué se les ha de negar lo que no se niega a otros de Europa y de la India, que nosotros y los mismos japoneses vemos que no tienen tantas cualidades ni dan tan buen ejemplo ni sirven tanto a la Compañía. Tenemos aquí algunos Hermanos, con estas cualidades que digo, ya cerca de los cuarenta años, y no sé qué esperamos de ellos, habiéndoles dicho por otra parte que los han de ordenar; mas parece será cuando no puedan ya trabajar por la vejez, y cuando ellos cansados de esperar digan que no pueden estudiar ni desean esta dignidad, como hace pocos días dijo uno al P. Viceprovincial, del cual certifico a V. P. que merece ser sacerdote más de lo que yo nunca merecí, y hace ya muchos años que pudiera estar ayudando a esta cristiandad con el ministerio de los Sacra-

mentos de que tanto carece. No sé cómo no la atendemos con el alimento celestial ordenando a los que son para eso, pues ya tenemos experiencia de cuán bien lo hacen el P. Luis [Mat-subara] y el P. Sebastián [Kimura], y con cuanta edificación y fruto, sin que se les haya encontrado hasta ahora mancha en su vida, andando siempre sólo por diversas partes, convirtiendo a los gentiles y cultivando la cristiandad. Porque esta ventaja nos llevan, que a más de administrar los sacramentos, predicán y pasan libremente por las tierras de los gentiles y adversarios sin ser conocidos. Vea V. P. cuánto fruto hacen semejantes obreros y cuanto tiempo de ayudar con más fruto a la cristiandad tienen perdido el H. Martín y otros que aquí están, que su dilación no sirve más que para hacerles perder crédito con el pueblo, pues piensa que se les dilata tanto por poca satisfacción que hay de ellos, pues con otros de Europa y de la India no se guarda lo mismo. Ni sé qué razón hay para que al H. Martín que está ya viejo y con los *Casos* acabados se le retrasen ahora las órdenes de sacerdote un año más después de haber recibido las de diácono, queriendo guardar los intersticios. Ni da el P. Viceprovincial otra razón sino que para que estimen más las órdenes, porque es cierto que no es por falta de virtud ni de ciencia, lo que a mí me es más patente que a nadie pues los conozco a todos íntimamente. Y que no sea falta de virtud bien se ve pues con tantas dilaciones, aunque como hombres es natural lo sientan como también lo sienten los de Europa, no lo manifiestan sino con mucha modestia y dando a entender les tienen amor, de lo que ciertamente me edifico no haber habido hasta ahora japonés que por este motivo viniese a quebrar si no fue Miguel Chijiwa, que si a tiempo se le hubiese acudido con un curso de *Casos*, no hubiese llegado a lo que ahora es con tanto detrimento de la cristiandad de Omura. Bien está apretar la cuerda, más no tanto que se rompa. Puede que algún día se cansen estos Hermanos que tienen cualidades, de esperar tanto, de forma que nos den un disgusto; pues al fin son hombres de muy buen juicio y que se dan cuenta muy bien. Torno a decir a V. P. que me edifica su modo de proceder en esto, viendo lo que sucede entre los nuestros procedentes de Europa; y lo que pasa allá V. P. lo sabe. El Hermano Martín no deja de darse cuenta bien de esta diferencia, pues es muy prudente, más Nuestro Señor le ayuda de modo que no solamente no se resiente, aunque como digo lo siente, sino que ha pedido ahora ir a estar algunos meses en el Noviciado; aunque si va creo estará poco tiempo allí, por la mucha necesidad que hay siempre de él para diversos asuntos. Le di los saludos de parte de V. P. y los agradeció mucho”²⁵.

²⁵ Jap Sin 14, IIa, 284v-285v.

La prueba alcanzó no sólo a Martín sino también a sus dos compañeros, aunque a éstos en menor escala. El viaje a Macao los había sacado por unos años del ambiente más tenso del Colegio de Nagasaki, y luego, al volver, se ocuparon en diversos trabajos; así Mancio estuvo enseñando Latín en el Seminario de Arima, donde estaba de Rector el P. Calderón; y Julián hizo diversos viajes a Hakata, Kyoto y Arima.

Los tres compañeros se habían reunido en Nagasaki en 1606 para ordenarse de Subdiáconos y en 1607 de Diáconos. Finalmente, después del último año de prueba fijado por el Viceprovincial Pasio, en septiembre de 1608, en la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, aneja al Colegio de Nagasaki, fueron ordenados sacerdotes por el Obispo Don Luis Cerqueira. Ese día en Nagasaki había un hombre feliz, el Rector del Colegio, P. Diego Mézquita.

Ahora, terminada la dolorosa prueba interior, los caminos de los tres legados volvían a separarse, esta vez en el afán común de la acción apostólica.

La jornada de Mancio Itoo

Durante el largo viaje y en los meses que preceden en Japón a su ingreso en la Compañía de Jesús, Mancio Itoo aparece como la primera figura del grupo. Luego, y a medida que pasan los años, esa figura parece eclipsarse y ceder el primer puesto a Martín Hara, el intelectual. Mas ahora, ordenado de sacerdote, Mancio emerge de nuevo. Por el puesto que se le asigna podemos deducir que sus superiores pensaban en él para iniciar una nueva penetración en la banda oriental de Kyushu, los dominios de Bungo y Hyuga.

Mancio va destinado como compañero del P. Céspedes a la iglesia de Kokura. Esta ciudad era entonces la capital de los dominios de Hosokawa Tadaoki, y el P. Gregorio de Céspedes estaba íntimamente vinculado a la casa Hosokawa por el importante papel que había desempeñado en la conversión de la famosa Gracia Hosokawa. Tadaoki, después de la muerte de su esposa, se acercó mucho al cristianismo y hasta erigió en Kokura una hermosa iglesia en memoria de Gracia. Mas la presión lenta pero implacable de Tokugawa Ieiasu había conseguido apagar su simpatía por el cristianismo y sólo la presencia de Céspedes le impedía romper abiertamente.

Por su posición geográfica, Kokura era una magnífica base de apostolado frente a dos territorios difíciles: Al norte, cruzando el estrecho de Shimonoseki estaban los extensos dominios de Moori Terumoto, de donde los misioneros estaban expulsados hacia tiempo. Al sur estaba Bungo y a continuación Hyuga.

Mancio Itoo, al mismo tiempo que ayudaba en Kokura, dirigió su apostolado en ambas direcciones. La penetración se consigue el año 1611, un año difícil para la iglesia de Kokura, pues Tadaoki comenzaba a impacientarse. La carta annua de ese año enfoca el trabajo de Mancio. Su autor, el P. Joao Rodriguez Giram, siguiendo su absurda costumbre de omitir nombres propios, no nos dice quien es el misionero en cuestión, pero aquí por el contexto es claro que se trata de Mancio. Transcribimos el párrafo principal, pues es la única descripción detallada de su acción apostólica:

“De esta Residencia [Kokura] fue un Padre en misión a los reinos de Nagato y Suwo²⁶ a visitar los cristianos que estaban esparcidos por ellos. Hizo su misión con fruto; administróles los sacramentos de la confesión y comunión a los que ya comulgaban, y lo dió también por primera vez a algunos, Bautizó a setenta adultos, después que oyeron bien las explicaciones del catecismo; instituyó en una población la Congregación de Nuestra Señora, para que por este medio se ayudasen mejor aquellos cristianos. Uno de los lugares que visitó fue la corte de Moori [Hagi] donde hay como trescientos cristianos, mas lo hizo con el mayor secreto que pudo, por ser necesario ahora hacerlo así. Como era la primera vez que el Padre iba a aquella ciudad a visitar los cristianos, cosa que el año pasado no pudo hacer personalmente mas por medio de un Hermano, se consolaron y animaron grandemente con su visita, con la cual se abrió la puerta para poder ir allá más veces y recoger más copioso fruto. Visitó también a los antiguos perseverantes cristianos de Yamaguchi, de los cuales fue bien recibido y agasajado. Ejercitó sus ministerios con ellos libremente y sin estorbo alguno, porque el gobernador de aquella ciudad, aunque gentil, no se mostraba contrario a los cristianos, antes los favorecia. Envió el Padre a visitarlo y él mismo en persona vino a devolverle la visita, teniendo con el Padre mil cumplidos y usando palabras muy corteses y llenas de favor. Y cuando el Padre se volvía lo fue acompañando hasta fuera de la ciudad, diciéndole por despedida que todas las veces que quisiese ir a Yamaguchi a visitar a los cristianos, lo hiciese libre y públicamente y que se detuviese allí cuantos días quisiese sin temor alguno, y que si Mori se enfadaba por ello, que él tomaba el asunto sobre sí. Con esto quedaron aquellos cristianos más animados, y el Padre como ellos y más libre para ir a visitarlos cada vez que quisiese. El mismo Padre fue al reyno de Hyuga, a un lugar principal de él²⁷, llamado por un *Tono* gentil pariente suyo [Itoo Sukenori] señor de buena parte de aquel reino, y también para visitar y consolar

²⁶ Sus capitales en Hagi y Yamaguchi.

²⁷ La ciudad de Obi, capital de los dominios de Itoo, en la parte sur de la actual prefectura de Miyazaki.

algunos cristianos que hay en el dicho lugar. Oyó aquel señor las explicaciones del catecismo con muchos de los suyos, e hizo entendimiento de la verdad y necesidad de nuestra santa fe para su salvación, mas por algunos temores humanos dejó por ahora de recibirla. Recibiónla, sin embargo, algunos de sus vasallos con algunos otros más, los cuales todos serían unos cincuenta adultos, los cuales se bautizaron con consuelo suyo y del Padre, por abrirse camino con esto para bautizar en adelante otros muchos más. Confesó el Padre a los pocos cristianos que allí hay y dió la comunión a los que estaban preparados. Y se volvió con este fruto y con la esperanza de otro mayor todas las veces que vuelva allá”²⁸.

Todas esas esperanzas sembradas con el trabajo de Mancio cayeron con un golpe imprevisto: en diciembre, al volver de un viaje a Nagasaki murió repentinamente en Kokura el P. Gregorio de Céspedes. Sin permitir siquiera lo sepultasen allí, Hosokawa Tadaoki ordenó la salida de todos los misioneros. Mancio Itoó pasó a Shimonoseki y de allí fue a Nakatsu, donde era señor del castillo, Naiki *dono*, Hosokawa Tadatoshi. Este se mostró siempre favorable a los misioneros y aún después que su padre expulsó a éstos de Kokura, recibió amistosamente a Mancio y le permitió celebrar allí la fiesta de la Navidad. Llegó a ofrecerle un banquete y en el curso de la conversación le dijo que por estar aún bajo la autoridad de su padre no podía impedir la expulsión de los misioneros, más que aunque no hubiese iglesia podía ir de vez en cuando a visitar a los cristianos²⁹.

Itoó Mancio permaneció allí algunos días organizando aquellos cristianos y agrupándolos en congregaciones para que pudiesen resistir mejor; más también de Nakatsu tuvo que retirarse y pasó a Nagasaki, ya entrado el 1612.

Su salud, que nunca fue robusta, no pudo resistir los trabajos y pruebas del año anterior. Ignoramos el tiempo que duró su última enfermedad, pues la carta annua de 1612, un magnífico documento para la historia de ese turbulento año, es muy breve en lo que se refiere a la muerte de Mancio:

“El segundo que murió fue el P. Itoó Mancio, natural del reino de Hyuga, de edad de 43 años. Este es el principal de aquellos cuatro hidalgos japoneses que fueron a Roma en el

²⁸ “Annua de Jappam do anno 1611”, Nagasaki, 10 de marzo 1612, f. 158v-159. En Obi se encuentra la tumba de la madre de Mancio Itoó, Machi no Ue, fallecida en 1626. Seguramente vivía allí con sus parientes cuando Mancio fue a Obi; podemos poner en este viaje su última entrevista con su madre.

²⁹ Tadatoshi mostró siempre en su conducta el influjo de la fe cristiana de su madre, Gracia Hosokawa; más en esta ocasión influye también en su conducta el nombre del visitante.

año 1584, y después de volver a su tierra, dando de mano a todo lo que el mundo le prometía, entró en la Compañía el año 1591, y en estos 21 años que en ella vivió, edificó a todos por su observancia religiosa y celo en ayudar a las almas”³⁰.

Era el 13 de noviembre de 1612, en el Colegio de Nagasaki, donde cuatro años antes había sido ordenado de sacerdote. Cuando muere tiene a su lado, también en este momento, al fiel P. Diogo de Mezquita. Con la muerte de Mancio caían por tierra muchos planes, se deshacían muchas esperanzas; plenamente lograda estaba sin embargo su vida.

Desterrado en Macao

Seis años pudo trabajar en Japón, como sacerdote, Martín Hara. y durante todo ese tiempo su residencia habitual fue Nagasaki. Son los años del apogeo de su vida: Es el mejor predicador de la ciudad, y la amplia iglesia de Nuestra Señora de la Asunción le ofrece buena tribuna para este trabajo, que corona con la oración fúnebre de Mons. Cerqueira en febrero de 1614. En íntima colaboración con el P. Mezquita trabaja en la traducción de libros que van saliendo de la imprenta instalada en un local del Hospital Santiago. En 1611 el P. Francisco Pasio marcha a Macao y en su lugar entra como Viceprovincial el P. Valentín Carvalho. Este, que ignoraba casi por completo el japonés, se apoya en Martín para la gestión de negocios y acaba haciéndolo oficialmente su Socio. El nombramiento no agradó a muchos de los misioneros extranjeros, y Mezquita, adivinando las dificultades que ese cargo atraería a Martín, trató de impedirlo, pero en vano. Informaba al P. General:

“El P. Provincial no tiene compañero propio, y aunque tenía al P. Matos, lo dejó con capa de otro oficio y sírvese como de compañero del P. Martín del Campo, que fue a esa Roma, el cual como es japonés, no se recibe bien de todos supla en tal oficio, habiendo tantos Padres graves y de cualidades que lo pueden hacer; y como el P. Martín ha sido hechura mía y podían sospechar que yo inducía al P. Provincial a tal compañero, por veces le avisé que no convenía servirse de él en este oficio, mas no aprovechó”³¹.

³⁰ Matheus de Couros S. J., *Annua de Jappam do anno 1612*, Nagasaki 12 enero 1613, *Jap Sin* 57, f. 192. cf. también Joao Rodrigues, Nagasaki 20 noviembre, 1612, *Jap Sin*, 15, II, 193. Diogo de Mezquita, 10 marzo, 1613, *Jap Sin* 36, 21v.

³¹ *Jap Sin* 36, f 37v. Sobre los trabajos literarios de Martín: Diego Pacheco, “La Campana del Hospital Santiago”, *Boletín de la A. E. O.*, VII, 1971, p. 25-28.

También el P. Couros informaba sobre lo mismo. Su carta es del 21 de marzo de 1614, y por tanto el nombramiento de Martín es anterior a esa fecha; eso quiere decir que le tocó actuar de lleno en el enojoso pleito del nombramiento de Carvalho como Vicario de la Diócesis a la muerte del Obispo Cerqueira³². Ese problema lo colocaba entre Carvalho, los religiosos de Manila y los cinco clérigos japoneses de Nagasaki; pero sin duda más difícil fue para él mantener el equilibrio entre los dos bloques, portugueses y japonés, de los miembros del Colegio.

Que los jesuitas japoneses veían en él su principal figura, lo sugiere una carta del P. Spinola, entonces Ecónomo de la Provincia Japonesa, informando al P. General que entre los jesuitas japoneses se hablaba de que debían hacer Rector de Nagasaki a Martín Hara.

Sería interesante, por ejemplo, conocer su actitud en la guerra fría que la destrucción de la nave de Andrés Pessoa en la bahía de Nagasaki el 7 de enero de 1610, originó en el Colegio de Nagasaki. También aquí Spinola, testigo neutral, al menos en parte, informa sobre la discordia. Mientras la batalla naval se desarrollaba en la bahía, a vista del colegio, en éste discutían los espectadores: decían los portugueses que no llegarían a tomar la nave, los japoneses que sí; a la voladura de la nave, siguió un receloso silencio.

“Quedaron los portugueses mistificados y los japoneses victoriosos; están encontrados y se recelan que se quieren vengar”³³.

En esta situación es natural que muchos portugueses no viesen con buenos ojos la subida de Martín; el hecho de que después de estos acontecimientos fuese escogido como secretario del Provincial indica que había sabido mantenerse al margen de la discordia.

Ese mismo cargo de socio del Provincial, fijó para Martín la ruta de Macao, es decir el destierro, cuando los Misioneros tuvieron que abandonar Nagasaki en octubre de 1614. Tenía entonces 46 años; todavía podía realizar un gran trabajo en Japón; pero Valentín Carvalho no era hombre para apreciar eso. Más adelante, entre las críticas que se harán de su gobierno, estará la de que sacó de Japón a muchos de los jesuitas japoneses.

³² La carta de Couros en: Jap Sin 35, f. 36-7; los documentos para el asunto de la elección y deposición de Carvalho en: Academia de la Historia, Jesuitas, leg. 22, Fascículo 2, ff 261-285v.

³³ Carlos Spinola, Nagasaki 18 marzo 1612; Jap Sin 36, f. 155. La nave de Pessoa con su rico cargamento todavía sigue hundida a la entrada del puerto de Nagasaki.

¿Porque no volvió a entrar Martín en los años siguientes? Al principio seguía la razón que le impidió quedarse. Más tarde, no sabemos. En su crónica escribía desde Macao en 1621 el P. Alfonso de Lucena:

“El P. Martín Hara está en Macao con nosotros, desterrado de Japón, deseando continuamente ir a ayudar a sus naturales, mas por falta de embarcación que lo lleve, no pasó a Japón hasta ahora”³⁴.

La razón no nos convence, pues para otros misioneros sí hubo nave; pero no tenemos otra explicación. En Macao no estaba inactivo; mas sin duda de vez en cuando una profunda tristeza debió de llenar a veces el corazón de Martín, sobre todo cuando comenzaron a llegar las noticias de los martirios de sus antiguos compañeros. Y a su lado, allá en Macao, poco a poco van muriendo los misioneros desterrados; así, en 1618 el P. Nicolás de Avila, el Prefecto de la Imprenta; en 1620 otro de los miembros de la legación, Constantino Dourado, que después de una vida laboriosa en la imprenta que había introducido en Japón, fue ordenado sacerdote y finalmente nombrado Rector del Seminario en Macao³⁵; en 1623 mueren el P. Lucena y el Hermano Nicolao el artista; en 1627 su maestro de Novicios Confaloniero. Y mientras uno tras otro van desapareciendo, Martín continúa ocupándose en trabajos relacionados con la misión japonesa. Uno de esos trabajos fue revisar la Historia de Japón que allí mismo iba escribiendo el P. Joao Rodriguez Tsucu³⁶. Una de las acotaciones hechas al margen del manuscrito por la pluma de Martín, tiene especial interés para nosotros. Rodriguez ha mencionado en el texto la Legación de los cuatro jóvenes, y Martín anota:

“Ya que V. R. dice que habló antes de esta nuestra ida a Europa, holgaria ver como la escribe. Porque en la verdad va bien escrita, para corregir el error de otros escritores en esta

³⁴ Lucena, o. c., p. 132.

³⁵ Constantino Dourado se ordenó entre 1616 y 1618; su nombramiento de Rector y su muerte tienen lugar el mismo año, lo que parece indicar una enfermedad rápida. Su muerte fue el 23 de julio. El Catálogo de los Difuntos de la Compañía de Jesús enterrados en la Iglesia de Macao, anota: “Está enterrado en el crucero en la nave de enmedio, casi a la mitad”. Lisboa, Archivo de Ultramar, codice 1659.

³⁶ Se trata de los tres capítulos conocidos con el nombre de *Historia de los Obispos de Japón*, que se encuentran en Academia de la Historia, Jesuitas, Leg. 21, Fasc. 2, ff317-330. Sobre este punto cf. la ponencia de Josef FRANZ Schutte, *A 'Historia inedita dos bispos de Igreja do Japao' de Pe. Joao Rodriguez Tçuzu S. J.*, en las Actas do Congresso Internacional de Historia dos Descubrimientos, Lisboa 1961, Vol V, p. 315-316.

materia y salir al paso a la calumnia de los frailes, que no han de dejar de picar en esto”.

Este testimonio de Martín al fin de su vida, creo es de gran valor histórico y psicológico. Como secretario del Provincial, traductor de cartas, etc., está bien informado de lo que se ha dicho acerca de su legación; él llama a eso error y calumnia. Y él es uno de los protagonistas. Y quiere se ponga en claro la verdad histórica. Al fin de su vida Martín conserva intacta la fidelidad a esa su primera vocación.

Y también a él, en el destierro, le llegó su hora. El Catálogo de los Difuntos enterrados en la Iglesia de la Compañía de Macao, nos da esta breve noticia:

“El P. Martín de Campos falleció a 23 de Octubre de 1629; está enterrado en la Capilla de las Virgenes, al pie del altar, de la parte del Evangelio, junto al arco que va hacia el altar mayor”.

Un año más tarde llevaron de Nagasaki los restos de Mons. Cerqueira y los sepultaron en la misma Iglesia; allí estaba también sepultado el hombre que orientó la vida de Martín y sus compañeros, Alejandro Valignano.

El último testigo

Uno de los sitios que me gusta visitar en la Prefectura de Nagasaki es el *Hokame* de las antiguas relaciones, es decir la costa occidental de la península de Sonogi, y dentro de esa costa del Saikai, tiene interés especial la pequeña aldea de Nakaura. Aldea campesina, con sus casas escalonadas acá y allá en la ladera de la montaña; hay un pequeño puerto; la tierra es fértil, el arbolado abundante. En la parte central de la aldea, está una colina allanada, que aún hoy designan con el nombre de *tachi*, es decir, “Casa Señorial”. Un examen del terreno nos permite hacernos idea de la situación de la casa solariega de los antepasados de Julián Nakaura. Quedan restos de la entrada; el sitio que ocuparon los edificios y el jardín, son hoy pequeños huertos; en la parte norte un arroyo fue transformado en foso, hoy sembrado de naranjos; ese foso termina unos cien metros más arriba en una depresión cubierta de frondosos árboles. Allí puede verse, aunque impracticable ya, la entrada de un túnel que comunicaba con el puerto. El padre de Julián era el *Tono* o señor de la población, nos informa Valignano, pero fue desposeído de ella en una guerra entre Omura Sumitada y Matsura Takanobu³⁷. No tenemos fechas exac-

³⁷ Apología, f. 21.

tas ni sabemos si después la familia Nakaura volvió allí, por eso no se puede precisar si Julián nació en *Tachi*, o si éste ha de considerarse únicamente como el hogar de sus padres. De todas formas la aldea se enorgullece hoy de ese hijo ilustre, y la Prefectura de Nagasaki ha declarado a *Tachi* como sitio de valor histórico y cultural. Y es que Julián, el de menos categoría y de más débil salud en el grupo de los legados, fue el que tuvo una vida más larga y un apostolado más pleno.

En el año de su ordenación sacerdotal, Julián tuvo su residencia habitual en el seminario de Arima, y desde allí visitaba a los cristianos de la región. También lo encontramos visitando a esta cristiandad el año 1612, cuando el apóstata Arima Naozumi comienza a perseguir a los cristianos. Ese año pasa a la residencia de Hakata. No sé si se refiere a esa primera persecución o a la de 1614 una carta de P. Spinola que critica al P. Julián Nakaura por no haber acudido a tiempo en socorro de los cristianos de Kuchinotsu. Probablemente se refiere a la segunda (23 de noviembre); pocos días después Nakaura estuvo allí para ayudar a levantarse a los cristianos que habían caído; si el retraso fue culpable o inevitable es imposible precisarlo³⁸; mas con retraso o sin él, la presencia de Julián dio entonces lugar a un curioso incidente. Antes que él habían llegado dos misioneros dominicos que comenzaron el trabajo de reconciliar a los 'caídos', pero exigiéndoles como condición el revocar su apostasía ante el mismo Gobernador de Nagasaki; como todos no podían ir personalmente, decidieron enviar unos representantes con la lista de los que revocaban. En ese momento aparece en escena el P. Julián, bien conocido de todos aquellos cristianos, y los que acuden a él dice que absolverá a todos los que estén sinceramente arrepentidos, sin que tengan necesidad para ello de ir a molestar a su Excelencia el Gobernador. El efecto fue inmediato: todos acudieron a él³⁹. El hecho, prescindiendo de su fuerza reveladora sobre las diversas posiciones que tomaban los misioneros, nos interesa aquí por presentarnos al P. Nakaura actuando ya con plena independencia en el momento en que los barcos abarrotados de misioneros salían rumbo al destierro.

Julián Nakaura era de los que habían conseguido quedarse. Desde ahora su vida será un continuo desafío a la cárcel y la muerte. Su base de apostolado, la población de Kuchinotsu; su territorio, una amplia faja de tierra, limitada al norte por la línea

³⁸ Carlos Spinola, Nagasaki 27 marzo 1615, Jap Sin 36, f. 172-3.

³⁹ Los misioneros dominicos eran los Padres Jacinto Orfanel y Juan de Rueda.

costera entre Hakata y Kokura, al sur por la frontera meridional del territorio de Higo y las islas de Amakusa.

En los seis primeros años de persecución, 1614-1620, los misioneros de la península de Shimabara, y entre ellos Nakaura, realizan un intenso trabajo dentro de condiciones relativamente favorables. Cansado de derramar inútilmente la sangre de sus súbditos, Arima Naozumi pidió y obtuvo ser trasladado a otro territorio, Nobeoka en Hyuga. En su lugar obtuvo Shimabara un valiente guerrero, Matsukura Shigemasa, que gozaba del favor de Tokugawa Ieasu. Matsukura no tenía prevención contra el cristianismo y para tener contentos a sus nuevos súbditos ignoró la presencia de los misioneros. Las cartas de éstos hacen justicia a su tolerancia. Así en 1619, año martirial en Nagasaki, escribía el P. Couros:

“El *Tono* [Matsukura] sabe que a la sombra de los Padres tiene quietos a los labradores, que son la riqueza de Japón”⁴⁰.

El traslado del castillo principal de Arima a Shimabara, dejaba también más en libertad a los misioneros en la región sur de la península, la más poblada de cristianos.

No tenemos datos suficientes para una cronología completa del apostolado de Julián, pero si hay indicaciones que nos permiten seguirlo, un poco de lejos, en esos años. Así en 1617 sigue en su puesto de Kuchinotsu, con el P. Francisco Pacheco de superior y teniendo por compañeros a los Padres Juan B. Zola y Joao da Fonseca. Ese año entre todos visitaron, a más de Arima, los cristianos de Shiki, Amakusa, Kojuura y Higo. En este último territorio la persecución era violenta en la región de Yatsushiro.

En 1618 el grupo recibe un nuevo refuerzo, el P. Giacomo Antonio Giannone, que ha conseguido volver de Macao y toma a su cargo especialmente la región de Chijiwa. Las cartas de este ardiente napolitano, aunque no muy ricas en detalles son buenas para localizar la situación de Shimabara cada año. Nos ambientan el trabajo de Julián. Así, en 1619 escribía al P. Vitelleschi, General de la Compañía:

“Nuestro caminar es siempre de noche, vestidos al modo japonés, bajo la lluvia y el viento, hospedándonos en las casas de los campesinos por los montes, y cada uno dentro de su cristiandad, unas veces en persona, administrando los sacramentos, otras animándolos con cartas a la santa perseverancia”⁴¹.

La frase de Giannone tiene su confirmación en otra del superior, P. Pacheco:

⁴⁰ 15 septiembre, 1619, Jap Sin 35, 119.

⁴¹ 1 marzo 1619, Jap Sin 35, 212-213v.

“En cuanto a los compañeros, todos me parece proceden bien, y son los que llevan ahora el mayor trabajo en Japón, porque andan de noche a pie por montes y valles por caminos intolerables y también por pasar de aldea en aldea sacramentando a estos cristianos, que ya están otra vez levantados”⁴².

Y el Provincial Couros:

“Nuestros Padres japoneses lo tienen hecho bien y con edificación”⁴³.

Couros solía llamar de vez en cuando a los jesuitas japoneses a Nagasaki, donde él residía, para que se renovasen allí espiritualmente.

En 1620, la paz continuaba en Arima, aunque en todo Japón la persecución crecía en violencia:

“Es gracia del Señor estar al presente esta cristiandad [Arima] a la sombra de este *Tono* gentil con paz, fruto de las oraciones de tantos mártires como en ella hubo”⁴⁴.

El duro trabajo hizo una baja entre los misioneros, el P. Fonseca, y en su lugar entró el P. Joao de Castro. También hubo cambio de jefe en el equipo: Francisco Pacheco marchó como superior a la región de Kyoto, y en su lugar fue nombrado el P. Pedro Pablo Navarro. Mientras que sus compañeros trabajan en Arima y Amakusa, aprovechando la mayor libertad de movimiento que le daba el ser japonés, Julián inicia una larga misión, que la carta anual de 1620 nos transmite con detalle; es una relación que no podemos pasar por alto, pues es la única descripción que tenemos del trabajo de Nakaura. El autor es el P. Rodríguez Giram, y comienza su relación con el título:

“Fue el P. Julián Nakamura, japonés, de nuestra Compañía, a visitar los cristianos de los reinos de Chikugo y Buzen, con cuya visita se alegraron mucho aquellos cristianos agradeciéndole una y muchas veces el irlos a visitar tan lejos y con tanto trabajo y peligro como en este tiempo padecen los nuestros en los caminos”⁴⁵.

Como explicación a este párrafo y los hechos que siguen, es conveniente anotar que la carta anual de 1618 el P. Ferreira indicaba que en Buzen había pena de muerte para el que alojase a un misionero. La capital de Buzen era Kokura; en Chikugo

⁴² 5 marzo 1618, Jap Sin 36, f. 113-115.

⁴³ 15 septiembre 1619, Jap Sin 35, f. 119-120.

⁴⁴ Giannone, 25 noviembre, 1620, Jap Sin 37, 244-244v.

⁴⁵ 10 abril, 1621, Jap Sin 59, 270.

estaban Yanagawa y Kurume. Nakaura fue probablemente por la ruta que va de Yanagawa a Kurume y de allí por Akizuki a Kokura y tal vez a Nakatsu.

Después de unas frases generales sobre la administración de los sacramentos y la firmeza de los cristianos que vivían dispersos en aquellas regiones, continúa la carta:

“Y viniendo ahora a lo particular, entre los cristianos desterrados por la fe está un yerno del santo Mártir Diogo Kagayama Mayato⁴⁶, con su mujer y ocho hijos que Nagawoka Etchudono [Hosokawa Tadaoki] señor del reino de Buzen desterró para un lugar solitario y apartado, habitado solamente por algunos pobres labradores, con continua guardia para que no salga de allí, ni siquiera de la pequeña casa en que habita. Por ser persona que tanto lo merecía, así por su nobleza como por su mucha cristiandad, fue el padre a visitarlo y consolarlo, con gran peligro de ser descubierto y preso, si no lo hubiera salvado un bonzo en cuya casa se hospedó, el cual, aunque enemigo de nuestra santa ley y que sabía muy bien que él era padre, como era hombre de virtud, hizo de manera con su huésped que no fuera descubierto y preso, escapando de aquel peligro por tal vía con particular providencia del Señor, que con la misma no le faltó tampoco en el buen suceso que tuvo para el fin que pretendía. Porque llegando a casa de este buen cristiano, halló que aquel mismo día había huído el centinela y se había escondido por no sé qué cosa que había hecho; por lo que entró en la casa sin estorbo alguno, y muy a su gusto administró los sacramentos a él y a su mujer e hijos, confesándose hasta los de siete y ocho años, con tanto seso y saber que quedó espantado. Detúvose allí el padre con ellos muy despacio consolándolos en aquel destierro y prisión, y consolándose también y edificándose de ver la paciencia y alegría con que lo sufren por tan santa causa y la entrega que tienen hecha de sí mismos en las manos de Dios y la conformidad con su divina Voluntad en aquellos trábajos. Grande fue la compasión que le causó ver el estado y pobreza a que habían llegado aquellos siervos de Dios por amor del mismo Dios...”

Pasó luego el P. Nakaura a otra aldea donde estaban desterradas, en casa de un buen cristiano, dos hijas de Diogo Kagayama, Luisa y Ana. Las consuela y anima y sigue su camino. Poco antes de la Ascensión, visitó a una cristiana enferma, que sanó

⁴⁶ Diego Kagayama era un noble cristiano de Kokura, donde fue martirizado el 15 de octubre de 1619. Su yerno es Ogasawara Yosaburo, que ya en 1614 había sido perseguido por su fe. Según tradiciones locales de Kumamoto, fue martirizado allí con toda su familia en 1636.

poco después. En casa de esta cristiana celebró la misa el día de la Ascensión. Esta fiesta, que ese año fue el 28 de mayo, nos fija la época del viaje de Julián. No mucho después, en agosto, algunos de los cristianos que habían sido fortalecidos con su visita, entre ellos el catequista Simón Kiyota, alcanzaron en Kokura la palma del martirio.

El año 1621, aunque en Omura y Nagasaki las cárceles se iban abarrotando de misioneros y sus auxiliares, comenzó también bajo el signo de la paz para Arima:

“En este Takaku, donde al presente estoy cultivando esta cristiandad, se está con alguna paz a la sombra de este *Tono* gentil, lo que es favor particular del Señor, que aunque fuera cristiano no podría proceder mejor con nosotros y con sus vasallos, dejándonos ejercitar secretamente nuestros ministerios, aunque de noche y con todo secreto, más con paz y fruto de esta cristiandad, aunque de cuando en cuando, por los muchos espías que el Gobernador de Nagasaki envía aquí, nos vemos forzados a tener más recato”⁴⁷.

Pocos días más tarde el P. Couros informaba también al P. General sobre la actitud de Matsukura Shigemasa, el cual disimulaba, dice,

“viendo la fidelidad con que sirven hasta los labradores, y como pagaban las rentas de las tierras que cultivan, y que los mismos Padres los ayudan con limosnas para que paguen las contribuciones, cuando el año es estéril”⁴⁸.

Enumera a continuación a los cinco misioneros de Arima, y al citar a Nakaura añade:

“al cual ahora propongo al P. Visitador para el grado de Coadjutor Espiritual formado porque lo merece”.

Julián tenía ya cincuenta y dos años de edad; habían pasado treinta desde su ingreso en la Compañía de Jesús. Su incorporación definitiva, lo mismo que sus primeros votos, iba a tener lugar en ambiente de persecución. Matsukura había sido acusado ante la *Tenka*, o gobierno central, de tener misioneros ocultos en sus tierras. Era una acusación que podía costarle su territorio y aún la vida. Ya no podía disimular más y el 23 de agosto publicó un edicto,

⁴⁷ 23 febrero 1621, Jap Sin 37, 245-246. El Gobernador era Hasegawa Gonroku.

⁴⁸ 15 marzo 1621, Jap Sin 37, 196-197. Fue la presión del Bakufu, o gobierno de los Tokugawa, lo que hizo de Matsukura un perseguidor. Todas estas cartas de los misioneros han de ser tenidas en cuenta al estudiar las causas de la rebelión de Shimabara.

“prometiendo gran premio a quien descubra a un padre, y amenazando que destruirá toda la aldea o tierra donde lo prendieren. Dejo a V. P. considerar el aprieto en que quedamos, yendo de noche mudando de casa a cada paso por estos montes, en casas de pobres campesinos...”⁴⁹

En esas circunstancias y aprovechando el mismo correo que Giannone, Julián toma la pluma y escribe la última carta que conservamos suya. Va dirigida al P. Nuno Mascarenhas, Asistente de Portugal.

“Muy Rdo. en Cristo, Padre.

Estimé mucho una de V. R. escrita de Roma que recibí este año de 1621, en junio, en Kuchinotsu, un puerto de mar donde me quedé sólo escondido por orden del P. Superior el año de la persecución universal, cuando desterraron a los Padres de Japón y pretendieron hacer caer a los cristianos en todas partes del Reino. Y estoy de la misma manera aquí ahora, ayudando a estos cristianos. Ya habrá sabido V. R. de los solemnísimos Mártires que, en gran número el mismo año tuvimos en diversas partes, y la mayor parte de ellos eran de esta tierra de Takaku. Y así, solamente de este puerto fueron unos veintiún mártires, a más de los que volvieron del mismo martirio maltratados y heridos mortalmente, por no querer los ejecutores acabar con todos los de este pueblo. Pues aquí con estos cristianos de corazón, que hoy en día están ofrecidos a toda manera de vejación que viniere, por amor de la fe, recibí con alegría la carta de V. R. con los objetos devotísimos que me envió, y los hice venerar, haciéndolos participantes también a ellos de su benevolencia, y quedaron agradecidos por el recuerdo no solamente de mí, mas de toda la nación japonesa, como por la carta que V. R. me escribió entendieron. No fue pequeño mi placer y consuelo al refrescar las memorias de esa santa ciudad romana y del Sumo Pontífice y de los Cardenales y príncipes católicos, y de las mercedes y muestras de amor que de ellos experimenté en el tiempo que anduve por esas partes de Europa, y así quedo agradecido a V. R. por la carta que me escribió desde tan lejos, desde Roma a este Japón, con sus muestras de amor en cosas tan estimadas aquí, para que no nos olvidemos nunca del amor en Cristo.

Yo gracias a Dios siempre estoy con salud y con fortaleza suficiente aún para trabajar en este cultivo de la cristiandad que la Compañía tiene; y así a mi cargo tengo más de cuatro mil de confesión cada año, a más de las misiones que nosotros tenemos acá repartidas por diversas partes del reino. Las noticias de este año que se escribirán en la carta annua serán

⁴⁹ Giannone, 27 septiembre 1621, Jap Sin 37, 249-250v.

muchas y varias por causa de esta persecución que nunca hasta ahora acaba, que cada día y cada momento no tenemos descanso alguno. Aun para acabar ésta para V. R. no pude tener un poco de tranquilidad, pues vienen a decirme los cristianos que quiera cambiar mi puesto a lugar más seguro, por la noticias que de nuevo tuvieron de una persecución particular del Señor de la tierra, que quiere arrancar de esta tierra la ley evangélica si es que alguien la conserva aún contra la orden de la *Tenka*, es decir el monarca de Japón. En fin, confiamos en Dios N. S. que nos dará perseverancia y ánimo, y ruego a V. R. que se acuerde de mí en el tiempo de su oración; en los Santos Sacrificios de V. R. me encomiendo mucho.

Hoy a los 21 de septiembre de 1621.

Siervo indigno
Julián Nakaura”⁵⁰

Tres meses más tarde Julián Nakaura hizo sus Ultimos Votos. La fórmula escrita de su mano se conserva aún en Roma. Es la fórmula ordinaria usada por los miembros de la Compañía de Jesús, mas al final Julián ha añadido dos palabras reveladoras, no sólo de las circunstancias históricas, sino de su disposición de animo:

“En Japón, en tiempo de persecución, en la aldea Kazusā, en la Capilla de la Compañía de Jesús en casa de Miguel Sukeyemon, el día 21 de diciembre de 1621”⁵¹.

Recibió los votos el Provincial Francisco Pacheco. De Miguel Sukeyemon no he encontrado más noticias, ni es posible identificar el sitio de su casa. Allí en esa bella aldea de Kazusa comenzaba para Julián el período más azaroso de su vida. Seis días más tarde, el 27 de diciembre, su superior el P. Navarro, que había celebrado la Navidad en los montes de Hachirao, fue sorprendido en el camino que baja de esa aldea hacia Arima, y fue conducido al castillo de Shimabara. Era la primera baja.

El P. Navarro y sus compañeros fueron quemados vivos el 1 de noviembre de 1622, a la entrada de Shimabara, en el lugar llamado Imamura. El lugar de la ejecución quedaba junto al camino y cada vez que los otros misioneros pasaban por allí era un recuerdo penetrante de la suerte que les aguardaba. Matsukura se

⁵⁰ Jap Sin 37, 39; el texto ha sido publicado en “Kirishitan Kenkyu”, vol. VI, Tokyo 1961, p. 172-174.

⁵¹ El original de la fórmula de los votos de Julián Nakaura se encuentra en ARSI, Lus. 21, 19-19v. Agradezco la indicación al P. Josef F. Schutte S. J. El texto es en latín, todo de mano del P. Nakaura, y las dos palabras que añade son “tempore persecutionis”. Su firma: Nacaura Julian.

Ego Nakaura Julianus promitto omnipotenti
 Deo, coram eius Virgine matre, et tota celesti
 Curia, et tibi venerando patri Francisco Paula co
 provinciali, vice praesidi generalis Societatis Je
 su, et superior eius, Locum Dei tenenti, perpetuam
 castitatem, castitatem, et obedientiam, et secundum
 eam, pecuniam coram, circa personam eruditionem
 iuxta modum in literis Apostolicis, et constitu
 tionibus, dictae Societatis, expressis. In Japponia
 tempore persecutionis, in pago Caspa in sacello
 Societatis Jesu in domo Michaelis superjean
 die vicatima prima Octobris anno millesimo
 sexcentesimo vicatimo primo.

Nakaura Julianus
 H

había portado noblemente con Navarro; pidió le permitieran desterrarlo a Macao; le dejó celebrar misa en la prisión y aún recibir visitas. Mas de Edo llegó la orden de ejecución, y no tuvo más remedio que obedecer; era el año del gran martirio de Nagasaki; el *Shogun* Hidetada terminaba su gobierno con una ola de sangre.

Con la muerte del P. Navarro, el *daimyo* dio por terminada la persecución sangrienta, que él no deseaba. Siguen otros dos años de relativa calma. Había sido nombrado Provincial el P. Pacheco que instaló su residencia en Kuchinotsu, en una casita a la que se podía llegar en barca. También el P. Couros volvió al Takaku y puso su base de operaciones en Fukaye. En 1622, según Giannone, no se dejó lugar de cristianos en el Takaku que no se visitase.

Con el aumento de personal, también se reanudan las salidas a las regiones vecinas, y en 1624 sabemos que Julián hizo otra vez el recorrido de las cristiandades de Hakata, Akizuki y Kokura. En Akizuki hubo ese año mártires. Esos años de intenso y duro trabajo han dejado su huella en Julián Nakaura; en este viaje, nos dicen, a veces casi no podía caminar y tenían que llevarlo en silla de manos de un sitio a otro. De ese mismo año es otra carta de Giannone que informa sobre sus compañeros:

“Nuestro P. Rector, Juan Bautista Zola, gobierna este rectorado con satisfacción de todos. Los demás compañeros que están en estas tierras del Takaku, están bien de salud, aunque algunos muy viejos y débiles, y así vamos disminuyendo mucho”⁵².

Y al año siguiente:

“En este Takaku y en estos reinos cercanos hubo este junio pasado un nuevo decreto contra los Padres y contra los que los reciben en sus casas; sin embargo no molestó este *Tono* a los cristianos, lo cual fue un gran bien”⁵³.

No había pasado un mes de esta carta cuando la cristiandad del Takaku se vio sacudida de raíz. El 19 de diciembre de 1625, al amanecer, los gobernadores de Shimabara, en ausencia de Matsukura, cayeron sobre Kuchinotsu con trescientos hombres. El P. Francisco Pacheco y su compañero el H. Gaspar Sadamatsu fueron aprisionados. Dos cristianos fueron martirizados allí mismo. El día 22, en la ciudad de Shimabara cayó también preso el P. Zola, Todos ellos murieron mártires al año siguiente en Nagasaki, el 20 de junio. Antes que ellos, el 7 de mayo de 1626, otro de los misioneros del Takaku, el P. Gaspar de Castro, había caído en la

⁵² 12 febrero 1624, Jap Sin 37, 264-265v.

⁵³ 9 noviembre 1625, Jap Sin 37, 266-267v.

brecha. Su muerte es el más elocuente testimonio de la vida a que aquellos hombres estaban sometidos. Murió en su campo de apostolado, Arie, al pie de un árbol, agotado por los sufrimientos de aquella vida errante. La región de Arie está formada por una suave y amplia ladera que desde las estribaciones del monte Unzen baja hacia el Ariake; en vertical con la línea de la costa, unas colinas cortan de vez en cuando esa vertiente fértil y bien cuidada. Probablemente en una de esas lomas, cubiertas de frondoso arbolado, murió Castro, fijos sus ojos en aquellos campos que había cultivado con tanto afán. A su lado, nos dicen, estaba un sacerdote. No sabemos su nombre, pero no es improbable que sea Nakaura, pues de los dos misioneros restantes, Giannone nada dice en sus cartas, y Couros estaba casi tullido.

Al año siguiente, 1627, Nakaura ya no está en Takaku; probablemente ha pasado a su otro campo de apostolado, las provincias de Chikugo y Buzen. Allí en la ciudad de Kokura lo cogen prisionero a fines de 1632; con él cae también en manos de los perseguidores su fiel compañero, el *dojiko* Tomás Ryokan. Desde 1620, en Kokura había sucedido a Hosokawa Tadaoki su hijo Tadatoshi, el que tan benévolo se mostró en Nakatsu con Mancio Ito. Tal vez a eso se debiera el que Julián pudiese permanecer allí tanto tiempo. Mas a fines de 1632 Tadatoshi fue trasladado con sus vasallos a Kumamoto (Higo). El cambio de señor determinó probablemente la prisión de Nakaura. De Kokura fue llevado a Nagasaki. Allí en la cárcel nueva de Cruz-machi (hoy Sakura-machi) encontró un buen grupo de conocidos, entre los que estaban los Padres Ferreira, da Costa, Adami y el compañero de los años de estudiante en Amakusa, Sixto Tokuun. Tal vez por unos días estuvo también con el P. Giannone: éste fue preso en Arima y llevado a Nagasaki y luego remitido a Shimabara, donde murió en el tormento de la fosa el 28 de agosto de 1633. A fines de septiembre murió quemado vivo en Kokura, Tomás Ryokan. Luego a comienzos de octubre en Nagasaki, da Costa y Tokuun confesaron a Cristo en la fosa. Finalmente el 18 de octubre, Julián Nakaura y siete compañeros, salieron de la cárcel y por Uwa-machi se dirigieron a Nishizaka, la Colina de los Mártires.

Una relación dice que al entrar en el sitio de la ejecución, Julián se presentó con estas palabras: "Yo soy el P. Julián Nakaura, el que fue a Roma". Tal vez las dijo, tal vez no; no son indispensables. Allí ante sus ojos estaba la misma bahía que lo recibió hacia cuarenta y tres años. Julián, además, no era sólo 'el que fue a Roma', sino también el que 'volvió de Roma a Japón'. El suyo había sido un largo camino; más duro de lo que nunca pudo pensar; más heroico y bello que todo lo que el Visitador Valignano había soñado para los cuatro jóvenes legados. Ahora, ante él, es-

perándolo estaba el tormento más terrible, la fosa. Un hoyo profundo, con el fondo cubierto de inmundicias; sobre él, un madero como horca. El mártir es ligado fuertemente por todo el cuerpo; le hacen una incisión en el lóbulo de la oreja, para evitar la muerte por congestión, y lo suspenden por los pies en el interior del hoyo, dejando su cabeza a un palmo del fondo; le ponen pesos en la cintura y de vez en cuando lo hacen girar, así suspendido. La sangre golpea sus sienes, un dolor sordo invade todos los miembros; sólo tiene una mano libre para que pueda dar la señal de que apostata. Los verdugos van de una fosa a otra incitando a la apostasía. Pasan las horas. Los mártires son: el dominico español Lucas del Espíritu Santo y un joven dominico japonés, los jesuitas Ferreira, Souza, Adami, Nakaura y dos jóvenes jesuitas japoneses. Al cabo de cinco horas, y ante el asombro de todos, el P. Cristobal Ferreira se declara vencido y es retirado. Los demás continúan. Por la noche sacan de las fosas al P. Lucas y a los tres jóvenes japoneses; uno de ellos, Francisco muere esa misma noche, los demás vuelven al día siguiente a la fosa. El día 20 mueren los otros dos jóvenes, Pedro y Mateo; el 21 muere Julian Nakaura, el 22 Adami y el 26 Souza; el último en morir es Lucas del Espíritu Santo. Sus cuerpos son quemados, sus cenizas arrojadas al mar.

Al terminar estas líneas, he abierto la ventana para mirar al Parque de los Mártires. En la sombra se ve la masa rectangular del Monumento de los 26 Santos. Ante éste, la tierra que recogió el último aliento de Julián; más abajo, enmarcada por las luces de la ciudad, brilla oscura la bahía. Y recuerdo que me han hablado de erigir un monumento a Valignano y los cuatro jóvenes legados en Omura, otro en Arima. Es como si se quisiese recomenzar la historia. Y es que Julián y sus compañeros pasan a la categoría de símbolos; frente al espíritu del *Sakoku* o aislamiento nacional, el espíritu que los condenó al destierro y a la muerte, el espíritu de los legados habla de apertura, de intercambio cultural, de hermandad entre los pueblos⁵⁴.

DIEGO PACHECO, S. J.

⁵⁴ Para reducir este trabajo a los límites de un artículo, he tratado de resumir lo más posible los textos citados. Aún así, y sin tratar de agotar la materia, aparece claro que la vida y actividad de "los jóvenes legados" fue algo más de lo que sugieren los que presentan como fracaso el proyecto de Valignano. Así por ejemplo en el libro *Tensho Shonen Shisetsu*, Tokyo 1970, Matsuda Kiichi sólo dedica cuatro de las 232 páginas del libro al espacio comprendido entre 1591 y 1633; en su por otra parte valiosa investigación: *The first Japanese Embassadors to Europa*, KBS Bulletin on Japanese Culture, n. 103, Tokyo 1970, Adriana Boscaro resume así toda la vida religiosa de Martín Hara: "Martino taught the Japanese language at a Jesuit college in Macao for the rest of his life", p. 20. Un breve pero bien conseguido resumen puede verse en: Hubert Cieslik S. J., *Sekai wo aruita Kirishitan*, Tokyo 1971, p. 66-110.